



Y el loselo se cayó de la luna

FELIPE JORDÁN JIMÉNEZ



 **edebé**
Editorial Don Bosco



Y el Joselo se cayó de la luna

FELIPE JORDÁN JIMÉNEZ

Y el Joselo se cayó de la luna

FELIPE JORDÁN JIMÉNEZ

Edición: Patricio Varetto Cabré.

Diseño y producción: Javiera Rivera Contreras.

Ilustración: Osvaldo Carvallo Molina.

© 2007 by Editorial Don Bosco S.A.

Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins 2373

Santiago de Chile

www.edebe.cl

comercial@edebe.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 165.449

I.S.B.N.: 978-956-18-0767-9

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos químicos, electrónicos o mecánicos, incluida la fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Segunda edición de Enero de 2010.

Impreso en Gráfika Copy Center

Santo Domingo 1862, Santiago de Chile.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

A mis hermanas...
a Eda, por empujarme;
a Ana, por su respeto.



a señorita Perla se había retrasado un poco esa mañana, por lo que los chiquillos del quinto B parloteaban felices dentro de la sala. Alguno, medio escondido, aprovechaba para darle un mordisco al sandwich del recreo y reponer, en parte, la falta de desayuno por salir apurado (es que a veces el despertador no impedía abandonar ciertos sueños aventureros). Otros, *pichangueaban* bolas de papel entre los bancos, mientras otras se contaban copuchas y comentaban la teleserie de la tarde. Incluso, no faltaba el que terminaba rápidamente la tarea inconclusa, fingiendo estudiar a conciencia para la prueba de la próxima semana. Eran



niños de quinto, después de todo, juguetones y distraídos.

Pero ninguno tan distraído como José, el Joselo para sus compañeros, que podía tener a la señorita Perla hablándole al oído, con su potente voz de profesora básica, y no despertar de sus sueños en technicolor. No, el Joselo vivía en la luna. No corría tras la pelota, no tiraba papeles, casi no conversaba y, si no le avisaban, a veces no se daba cuenta del toque de campana que anunciaba el recreo. No, el Joselo vivía en la luna. Siempre metida la nariz en un libro o mirando el techo, con la mente perdida en una aventura imaginaria, donde era, obviamente, el héroe invencible que terminaba rescatando a la bella niña a la que amaba en secreto, de un peligro espantoso y terrible. Así era el Joselo, vivía en la luna. Y su papá se tiraba los pelos cuando le entregaban la libreta de notas en las reuniones de apoderados, porque su Joselo no daba pie con bola en los estudios. Por algo los profesores le decían el *cuatrero*, porque nunca llegaba al cinco y



antes había sido peor, cuando lo llamaban el *comunista*... puros rojos en la libreta.

Sin embargo, el Joselo era bueno como el pan y todos lo querían. A pesar de ser uno de los más grandes y fortachones del curso, nunca peleaba y, si sus compañeros reñían, él los calmaba y los *abuenaba* otra vez. Tampoco molestaba a las niñas y no se avergonzaba con las tallas de sus amigos cuando se sentaba a trabajar con una compañera o cuando les recogía el cuaderno que se les caía al pasar. No hacía desorden y siempre se ofrecía de voluntario para ir por la tiza, o a sacudir el borrador, o para recoger los papeles después de la clase. La señorita Perla simplemente lo adoraba y los demás profesores, casi. Ese era el Joselo.

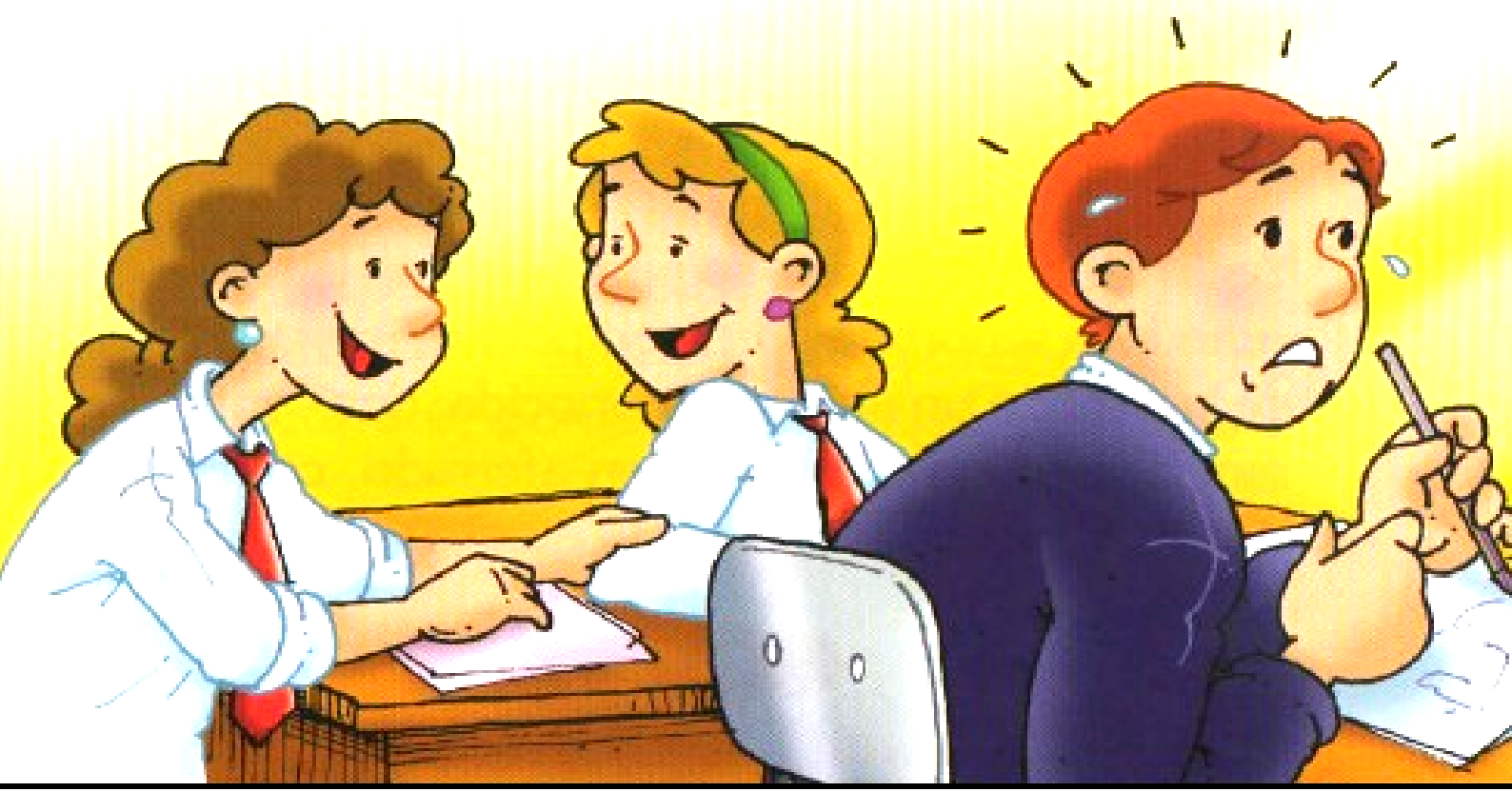
* * *

Y allí estaba el Joselo, seguramente en la luna, cuando la señorita Perla llegó por fin, trayendo de la mano a una niña desconocida, que venía muy seria, con su bolso bien aferrado, como

temerosa de que se lo robaran. El Joselo no se percató de su presencia hasta que la profesora, después de pedir silencio y saludar, la presentó al resto del curso:

—Niños, esta es Angélica y desde hoy es parte de este curso. Ella viene de muy lejos, así que démosle la bienvenida para que se sienta bien y contenta de estar en este colegio...

Solo entonces el Joselo bajó de la luna y vio a su nueva compañera... y se quedó con la boca abierta. No es que Angélica fuera muy distinta a las otras niñas del curso, pero para él, que la vio de pronto iluminada por un dorado rayo de sol matinal, Angélica resplandeció como un ángel caído del cielo.



De un solo vistazo, se enteró de sus rizos castaños, sus ojos café clarito y el diminuto lunar sobre la ceja izquierda. Embelesado, la oyó decir “*Hola*” y su voz le pareció el tintineo cantarín del agua de los arroyos y la sonrisa que acompañó al saludo fue como una cortina de sol que se filtra por entre las nubes en un día de lluvia, produciendo el arco iris.

Pelusa 79





Así no más fue, en dos segundos el Joselo se cayó de la luna y se enamoró.

Sin embargo, lo mejor fue cuando la señorita Perla buscó un lugar para que Angélica se sentara y el Joselo, rápido como no había sido jamás, levantó la mano, agradeciendo mentalmente a Dios por haber resfriado al Luchín, su compañero de banco. Así que la niña nueva se sentó a su lado y sus miradas se cruzaron y se sonrieron, aunque sus bocas permanecieron imperturbables ante los “¡Uuuuh!” maliciosos de los demás. Pero ni siquiera el temor a la vergüenza de verse expuestos a las burlas pudo evitar que se quedaran viéndose un buen rato a los ojos, antes de decidirse a sacar el cuaderno de Lenguaje, como lo pedía la señorita Perla.

Cuando ella vio su nombre escrito en la tapa, dijo “José...” y para él sonó *como la música suave que ordena y equilibra todas las cosas en el universo*. Luego, como respondiendo a un llamado imperioso, él pronunció “Angélica...” y ella sonrió *con la dulzura de los jardines*



florecidos en primavera. Esa fue su mutua declaración de amor, no necesitaron más para reconocerse y sentirse cada uno parte del otro. Por primera vez para ambos, ese sentimiento llamó a las puertas de sus corazones de niños y como niños se amaron: sin tocarse, sin más sentidos que la vista y el oído, sin exigencias ni condiciones.

* * *

Desde ese día, el Joselo y Angélica fueron uña y mugre, pan y miga, huevo y sal, perro y pulgas, té y pan con mantequilla... En fin, donde estaba uno, estaba el otro, eran inseparables. Se despertaban ansiosos al amanecer y corrían al colegio como nunca lo habían hecho, y la mañana se les iba en contarse las mismas cosas, una y otra vez, mirarse y sonreírse, caminando por el patio lentamente y sin importar las miradas risueñas de los demás, adultos o muchachos. Solo las campanadas de la hora de salida ensombrecían sus caras en ese momento odioso en que debían separarse. Él la acompañaba al furgón



y la veía alejarse, mientras ella le daba un triste adiós con la mano, a través del vidrio trasero. Después, cuando el vehículo doblaba en la esquina, él echaba a correr hacia su casa, con la esperanza de que la tarde pasara pronto y fuera mañana otra vez.

Poco a poco, se fueron conociendo, descubriendo sus historias y develando sus almas. Sin duda, no fue un enamoramiento típico en chicos de su edad. No hubo flirteos ni aproximaciones avergonzadas, no se pusieron coloradas sus mejillas, no hubo tonterías para llamar la atención ni peleas absurdas. El Joselo no le regaló un sapo ni Angélica bajó su mirada tímida y parpadeante. Simplemente, se quisieron y se hicieron amigos, nada más.

* * *

—¿Qué hace tu papá? —pregunta Angélica.

—Es electricista —responde Joselo—. Es jefe de los que arreglan los cables en los postes de la luz y eso... ¿Y el tuyo?



—Trabajaba en un empresa lechera, en el sur —señala ella suspirando—. Pero aquí en Santiago trabaja en una empresa importadora. Se lo pasa todo el día metido en una oficina... Y mi mamá es vendedora en una tienda en el centro...

—Mi papá se pasa todo el día, y a veces las noches, en la calle —compara, sonriendo, él, pero de su madre no habla; a cambio, agrega:— Mi abuelita nos cuida... ¡Hace las cazuelas más ricas...!

—Mi nana cocina tan mal, la pobre... —se ríe la niña y él también, aunque no sea gracioso.

—¿Y no tienes abuelita? —pregunta el Joselo, inocentón.

—Allá en el sur se quedó... —contesta Angélica—. Ella cocina rico, pero está un poco lejos...

—Un día de estos te puedo invitar a almorzar... si quieres, claro —ofrece tímidamente él.



—¡Me da vergüenza...! —dice ella coquetona—. ¡Es que mi mamá dice que soy tan mañosa...!

—Pero le pido a mi abuelita que prepare algo que te guste... —el Joselo se entusiasma—. A ver, ¿qué te gusta?

—No sé... —Angélica se hace la interesante—. ¿Qué sabe cocinar tu abuelita?

—¡Puh...! ¡De todo...! —responde el chico, orgulloso—. Charquicán... ¿te gusta el charquicán?

—No mucho... —la niña arrisca la nariz.

—¿Porotos con riendas?

—¡No...! ¡Después andas todo el día hinchado...! —se ríen ambos.

—Tortilla de papas. Si no te gusta la tortilla de papas, es que no comes nada —el Joselo la mira un poco dudoso.

—¡Eso sí! ¡Me encanta! —responde Angélica, sonriendo segura.



—¡Ya está...! Entonces, ¿cuándo? —para el Joselo, la invitación ya no es una posibilidad, sino un hecho.

—¡Pero tengo que pedir permiso...!
—Angélica se asusta un poco, casi no conoce Santiago y apenas se ubica dónde vive ella—. Además, ¿cómo lo haríamos? Mis papás se preocupan mucho por mí... como soy hija única...

—Cierto... —se ensombrece el chico—. De aquí, nos podemos ir a pie a mi casa, pero para llegar a la tuya, no sé... ¡Es que vives tan lejos...!

Pero la vida siempre da oportunidades y ayuda un poquito. Semanas después, la señorita Perla se plantó frente al curso y les comunicó que debían preparar una disertación en grupo. Les dio las instrucciones, los temas y las fechas. Cada cual armó su grupo. Obviamente, el Joselo y Angélica se quedaron juntos y se les unieron el Luchín, que era, o fue, el mejor amigo de él, y Carlita, que era la mejor amiga, o casi, de ella. El tema que



les tocó: los Juegos Olímpicos. Los cuatro se miraron, nadie sabía nada, pero la señorita Perla los salvó: podrían obtener información en la sala de computación, navegando por internet.

* * *

—De todos modos, tenemos que juntarnos en la casa de alguno y preparar bien este asunto de la disertación... —dice Carlita, que es una de las mateas del curso.

—¡Ya! ¡En mi casa...! —ofrece de inmediato el Luchín, al que no le gusta salir.

—¡No! —rechaza enfático el Joselo—. ¡En la mía, el viernes, como a las cuatro!

—Es que yo tengo computador... —trata de insistir el Luchín —pero la cosa ya está decidida.

—Mejor donde el Joselo —aprueba Carlita—, vive más cerca...



—¡Listo!... ¡Y vámonos al recreo...!
—exclama el Joselo al oír la campana.

* * *

—¿Viste? —le dice él cuando se quedan solos—. Entonces, el viernes tú te vas a almorzar a mi casa y tus viejos te pasan a buscar después...

—Vamos a ver si me dejan —le dice ella, sonriendo.

—¿Cómo no? ¡Es un trabajo importante...!
¡Coeficiente dos! —acota el Joselo, poniendo cara de vivo.

De mala gana, los padres de la niña aceptaron el compromiso, no sin antes hablar con la señorita Perla, que les aseguró que el chico vivía muy cerca del colegio y que era de lo más tranquilo y confiable. Así que le dieron permiso y establecieron que la pasarían a buscar a las siete. En cuanto a don Miguel, el padre de Joselo, levantó las cejas, sorprendido por este afán inusitado por estudiar de parte



de su hijo. Claro que las anduvo parando por dónde iba la cosa, cuando el chico le dijo que tenía invitada a una compañera a almorzar y que, más encima, había que prepararle tortilla de papas. Con una sonrisa entre divertida y picarona, le dijo a la abuela:

—Ya, mamá, usted hágale la tortilla no más, mire que el cabrito tiene que impresionar a la niña.

* * *

El viernes, Angélica se tardó más de la cuenta en el baño, antes de salir a desayunar. Su mamá la apuró varias veces, molesta, recordándole que el furgón no esperaba y que no podía irse sin tomar su leche. Pero, cuando salió por fin, la señora no pudo menos que sorprenderse: la chica estaba perfecta, rozagante, mejor peinada que nunca y hasta perfumada.

—¿Y tú? —le dijo—. ¿Vas a almorzar al Sheraton, acaso? ¿O te van a servir langosta?



Su hija la miró preocupada y le respondió:

—No, tortilla de papas... ¿Cómo es la tortilla de papas, mamá?

* * *

Se fueron caminando por entre las calles que bordeaban el colegio. Era un barrio antiguo, de los más antiguos de Santiago, lleno de cités¹ que por fuera parecían pequeños palomares con sus casas apretujadas, pero una vez dentro, se transformaban en todo un mundo recto, con jardineras, plazuelas, arbustos, enredaderas, maceteros y un cuantohay. El Joselo vivía en uno de esos cités que, desde la calle, se escondía tras un portón de hierro forjado, un poco desvencijado y oxidado, pero lleno de volutas, arabescos y revueltas que mareaban al mirarlo. Adentro, el

Pelusa 79

¹ Cité: conjunto apretujado de casas que no tienen salida directa a una calle, sino que se accede a ellas por medio de un pasaje angosto, muy común en la zona más antigua de Santiago



angosto pasillo inicial se abría de pronto a un jardín cuadrado, con un aroma inmenso justo al medio, y un par de bancas para disfrutar de la sombra. Las casas, todas blancas, rodeaban el jardín guardando celosamente el perfume de sus flores, que se mezclaba sin ofenderse con los aromas venidos de veinte cocinas distintas. Asimismo, se mezclaban también los sonidos: el parloteo de las vecinas viejas, los gritos de los chiquillos correteando, el llanto de alguna guagua y la música de veinte equipos diferentes, que recorrían toda la escala del gusto humano, desde la ópera hasta el hip hop, pasando por el rock, el tango, la balada popular y la cumbia. El cité donde vivía el Joselo era un mundo a escala de veinte casas, habitadas por veinte familias locas.

Angélica no podía creer que existiera un lugar así en la Tierra, tan diferente al frío y reducido conjunto de edificios en que vivía, donde los vecinos apenas se conocían y los niños jugaban solos en jardines de más asfalto que pasto, haciéndoles el quite a los autos

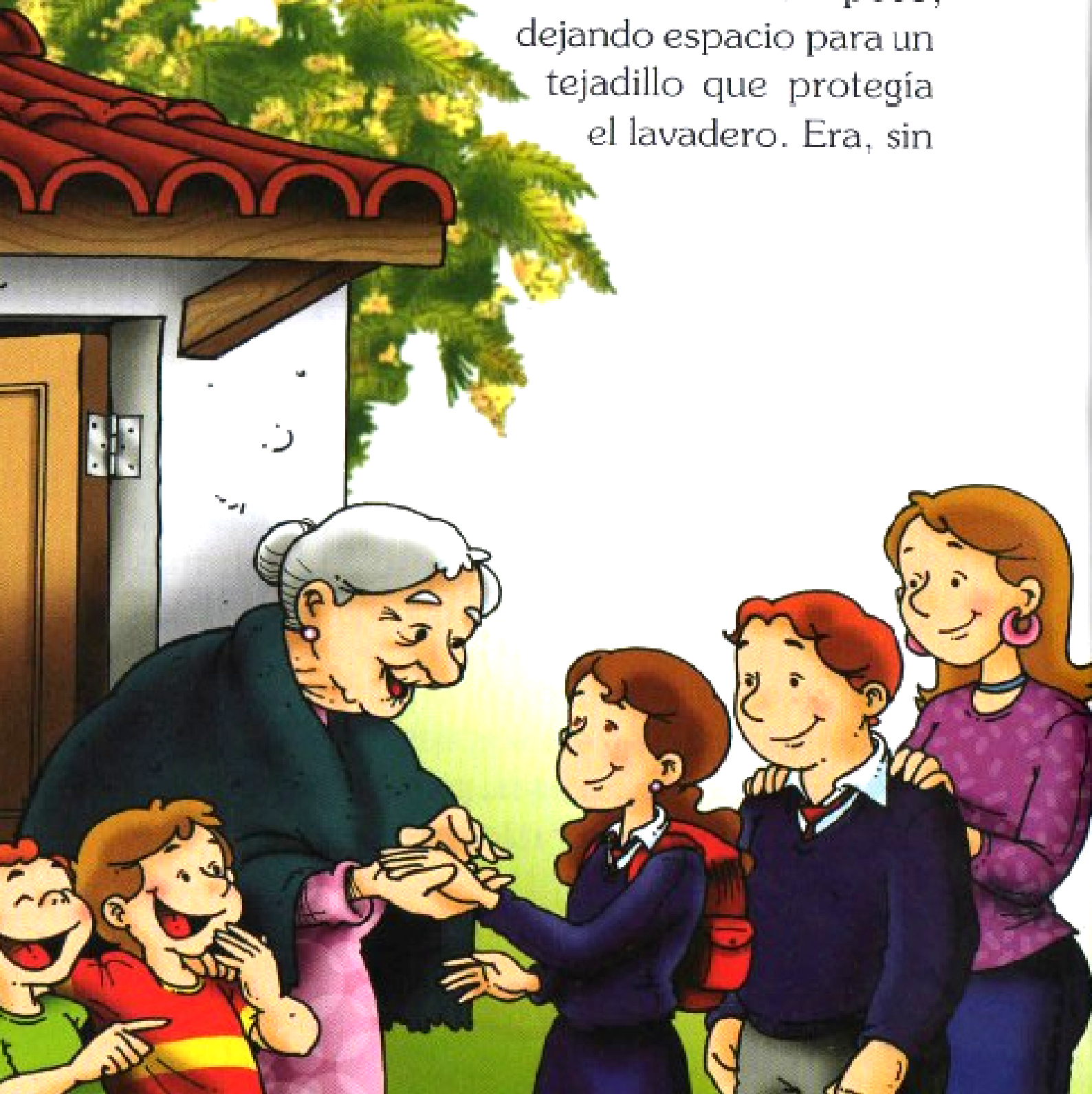




estacionados. En su condominio, la visita era recibida por un panel lleno de botoncitos, un citófono paranoico y una chicharra de cerradura penitenciaria, en el mejor de los casos. En el cité del Joselo, Angélica tuvo que sonreírle a cuanta vecina se cruzó en el camino, mientras el chico saludaba a diestro y siniestro: “¡Hola, doña Estela...! ¿Cómo está, señora Chela... y su marido?... ¡Abuelita Nora, ¿la vino a ver el nieto?!”... Y así hasta la casa, donde la familia en pleno (excepto don Miguel, que estaba trabajando) los esperaba en la puerta. La abuela: “¿Cómo está m’hijita? Gusto en conocerla...”; la hermana mayor: “¡Hola...! Cuidado con este pajarón, que vive en la luna...”; y los dos más chicos: “¡La polola del Joselo, la polola del Joselo! ¡Ja, ja, ja...!”. Por supuesto que se puso colorada más de una vez, pero aguantó bien la bienvenida oficial.

La casa también era sorprendente. Angélica había visto muchas casas, pero ninguna como esa: una línea de habitaciones, una tras otra,

unidas por una galería exterior que daba, la niña no supo determinar si a un pasillo ancho o a un patio angosto y largo, que llegaba hasta el fondo de la propiedad, lugar donde se ensanchaba un poco, dejando espacio para un tejadillo que protegía el lavadero. Era, sin





duda, una casa muy antigua, pero encantadora, con maceteros colgando por todas las paredes exteriores, llenándola de verde y flores. Las dos primeras habitaciones, que constituían el frontis de la casa, eran la sala y el comedor. Luego estaban la cocina, el baño y las piezas donde dormía la familia. Todo mucho más amplio y espacioso que el departamento en el que vivía ella.

* * *

No pasaron inmediatamente a la mesa, pues don Miguel había llamado avisando que alcanzaría a llegar a almorzar. A veces lo hacía, según explicó el Joselo a su amiga, pero esta vez era evidente que su padre tenía otro interés al hacerlo. Cuando llegó, por fin se sentaron en el comedor y Angélica descubrió que la tortilla de papas, que su mamá había llamado tortilla española, realmente era muy rica, tanto así, que se repitió con gusto un segundo pedazo cuando se lo ofrecieron. Así se ganó a la abuela y a don Miguel que, con sus más de cien kilos de peso, gran parte de ellos alrededor de la



cintura, repetía sonriente: “*Niño que come, niño sano*”, al tiempo que su madre asentía con la cabeza, también sonriendo.

* * *

—Oye, Joselo, ¡qué linda es tu casa!
—comenta Angélica, mientras bajan la comida sentados a la sombra del aromo, esperando a sus compañeros que deben estar por llegar.

—Gracias —le responde él, orgulloso—. Era de mi abuelo, que trabajaba en el Matadero²... Pero ahora es de mi papá, porque mi abuelita la puso a nombre de él... como ya está viejita, dice ella...

—¿Y tu papá no tiene más hermanos?
—pregunta ella, por preguntar algo.

² El Matadero de animales abastecía de carne a la ciudad y se ubicaba en la parte sur de la comuna de Santiago, lo que hoy se conoce como el barrio Franklin, zona de mucha actividad comercial, aun cuando el Matadero ya no funciona allí.



—No... Es decir, tenía a mi tía Pancha, pero se murió en un accidente —le cuenta el chico, con un dejo triste en la voz.

—¡Qué pena...! —dice Angélica, luego agrega:— Oye, o sea que tu papá ha vivido toda su vida en esta única casa... ¡Y tú también!

—Sí... es decir, no... —el Joselo desvía la mirada, evasivo—. Casi... Antes vivíamos en otro lado, por aquí cerca, con mi mamá...

—¿Con tu mamá? —Angélica se da cuenta de que algo raro pasa con la madre de su amigo. Aunque no quiere parecer una metiche, le pica la curiosidad, por eso pregunta: —¿Y qué pasó con tu mamá?

—Ella... —el chico vacila, los ojos le brillan.

—¿Está muerta? —la niña lo mira apenada por ponerlo triste con su indiscreción.

—Sí... está muerta —responde el Joselo, después de pensarlo unos segundos.

* * *

Carlita y el Luchín llegaron juntos y los cuatro se entretuvieron bastante haciendo el trabajo. Escribieron, recortaron, pegaron, discutieron, borraron, rompieron y volvieron a escribir, a recortar y a pegar. Se asignaron lo que tendría que decir cada uno y lo ensayaron. El Joselo tenía hartos problemas con su parte, para desesperación de Carlita, que era un poquito maniática con la notas, y para disfrute del Luchín, que no paraba de echarle tallas cada vez que se equivocaba. Angélica lo ayudó como pudo, pero se resignó a no pasar a lo más del cinco con esa disertación.

Finalmente, dieron las siete y la señora Chela, la vecina de la casa junto al portón, vino a avisar que buscaban a Angélica. El Joselo, como todo un caballero, la acompañó afuera, eso sí, un poco nervioso de enfrentar a los papás de su amiga. Si hasta preparó mentalmente lo que les iba a decir, pero no tuvo ocasión, pues la mamá, que había ido



sola, esperó a su hija en el auto y ni siquiera lo saludó. Angélica tuvo que despedirse a la rápida, dejándolo un poco frustrado, parado allí, en la vereda, viendo cómo se perdía el auto a lo lejos.

El Joselo se entró triste. Su hermana mayor, que esperaba a su pololo junto a la puerta, lo vio pasar cabizbajo y se le acercó, abrazándolo. “*Tu amiga es muy linda, le dijo cariñosa, pero ten cuidado, pajarón...*”. Él iba preguntarle por qué, pero llegó el pololo y ella le dio un beso y se fue. De todos modos, el Joselo creyó saber a qué se refería su hermana y se entristeció aun más.

* * *

—“*Famosas historias de amor*” —lee molesto el Luchín—. ¿De dónde sacará las ideas para estos trabajos la señorita Perla?

—¡Ssshit! —la bibliotecaria lo hace calar, aun cuando son los únicos en la biblioteca.

—¿Qué? ¿No te gusta el tema acaso?



—pregunta Carlita, hablando bajito—. A mí me encantó... ¡Es tan romántico!

—No sé el tema... ¡Pero escribir cinco páginas, es mucho! —exclama el Joselo, vencido.

—¡Ssshit! —la bibliotecaria de nuevo.

—Por eso nos vamos a ayudar entre todos —recuerda Angélica, a quien también le gusta el tema—. Aquí están los libros que pedimos, uno para cada uno, y vamos buscando...

—¡Aquí no sale nada! —señala el Luchín después de leer un rato.

—Aquí tampoco —se une el Joselo, arrojando su libro lejos.

—En este está la historia de Marco Antonio y Cleopatra —dice Carlita—, pero hay no sé qué lío con Julio César³...

³ Julio César, emperador de Roma, conquistó Egipto y, supuestamente, se casó con su reina, Cleopatra, para afianzar la alianza política, pero la leyenda dice que ella en realidad se enamoró de Marco Antonio, uno de los generales de Julio.



—¡No! ¡Una teleserie no, por favor!
—exclama el Luchín, olvidándose dónde está.

—¡Ssshit! —la bibliotecaria.

—Está también esta otra —prosigue la niña—, el amor entre Paris y Helena, que provocó la guerra de Troya...⁴

—¡Una guerra! Eso ya es más interesante...
—el Luchín pone atención.

—¡No, qué lata! —replica Angélica—.
Veamos lo que tengo aquí... Se trata de parejas
en la literatura.

—A ver —aprueba embobado el Joselo—.
¿Qué dice?

—Fausto y Margarita, de un tal, ¡uf!, Go...
¿Goethe? —la niña pronuncia goete, tal como
se escribe.

⁴ Paris, príncipe de Troya, raptó a Helena, esposa de Menelao, rey de los griegos, quien reunió un gran ejército para rescatarla. La guerra duró diez largos años; finalmente, Troya fue destruida y Helena volvió con su marido.

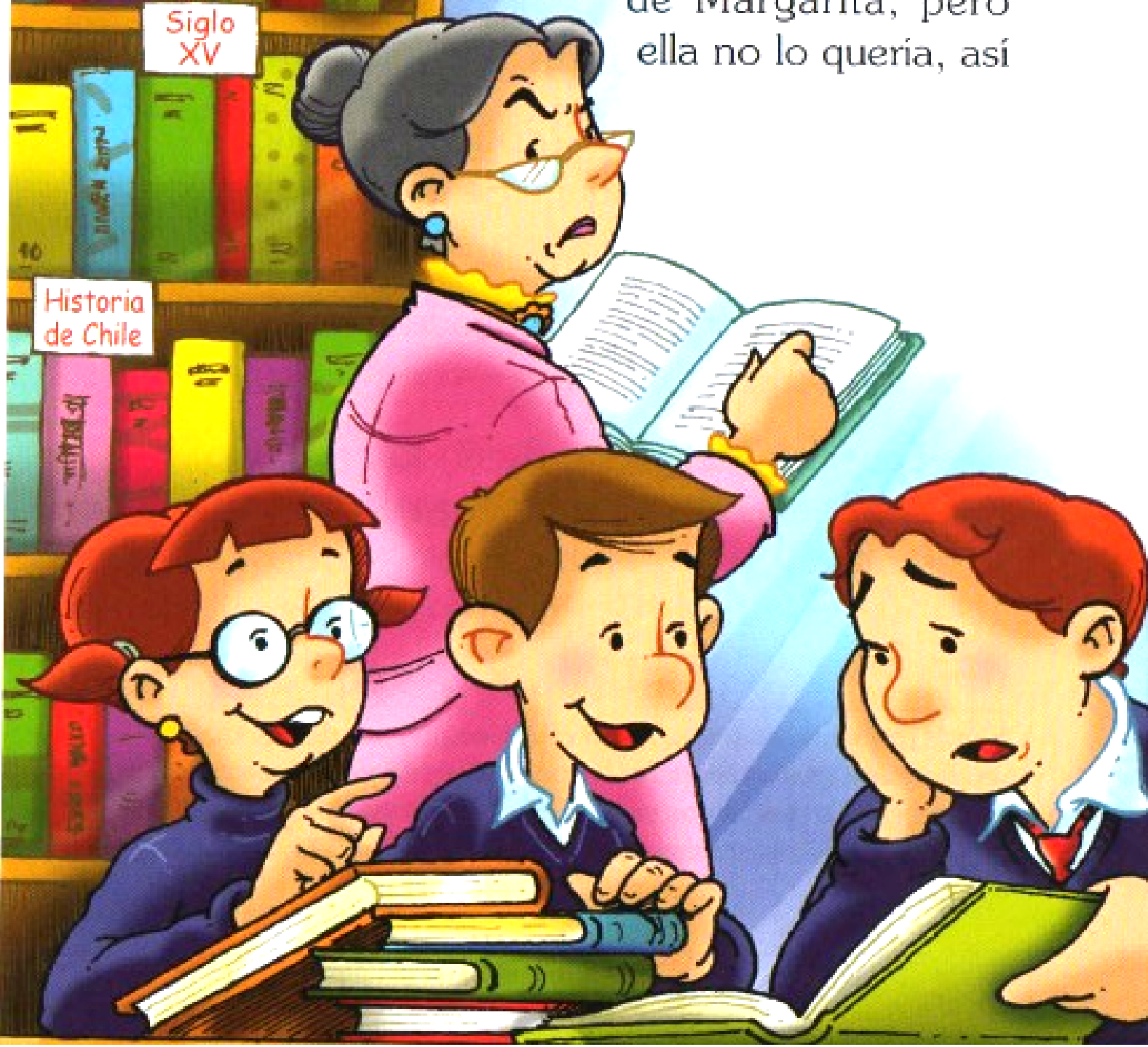
HISTORIA

—No importa de quién sea —apura Carlita—. ¿Qué pasó con ellos?

—Por lo que dice este resumen —señala Angélica—, el Fausto ese estaba enamorado de Margarita, pero ella no lo quería, así

Siglo XV

Historia de Chile



que él hizo un pacto con el diablo para que los casara...

—¡Ah, no! ¡Historias de terror, no! —se opone Carlita, que es muy miedosa.

—¡Ssshit! —la bibliotecaria.

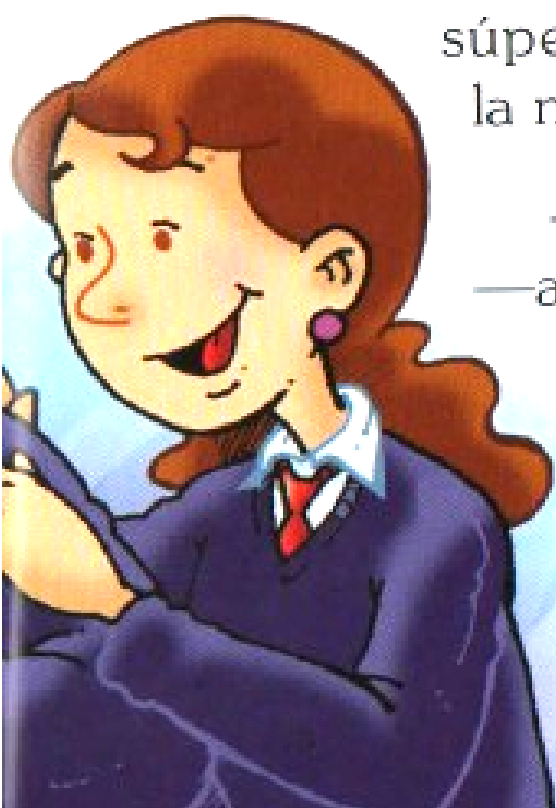
—Entonces... ¡Esta, esta sí...! Romeo y Julieta, de Shak... de ese mismo —Angélica renuncia a pronunciar el nombre—. Vi la película en la tele... Era bien buena.

—¿Cuál? —pregunta el Joselo con entusiasmo—. ¿La de los dos que se querían y que no podían casarse porque sus papás eran enemigos?... ¡Yo también la vi!

—¡Esa...! Era súper entretenida y súper romántica también —señala la niña, emocionándose.

—Sí, pero no me gustó el final... —agrega tristemente el Joselo.

—¿Qué pasó? —pregunta Carlita.





—Los dos se mueren... —cuenta Angélica, también con pena.

—¡Otro dramón! ¡No! —se opone el Luchín.

—¡Ssshit! —los hacen callar otra vez.

—¡Qué lata...! ¿Y por qué...? —pregunta Carlita.

—Por que sus familias no los dejan estar juntos —explica Angélica—. Acaban suicidándose...

—¡Qué exagerados...! —comenta el Luchín—. ¿Por qué mejor no se arrancaron juntos?

—No pudieron hacerlo, asopado —le dice Joselo—. ¿Crees que no lo pensaron?

—Por suerte, eso no pasa en la vida real... ¿O sí? —Carlita los mira a todos, dudosa.

—¡Pero claro que no! —opina el Luchín, enfático.

—No creo —acota el Joselo.

—No sé... —duda Angélica.



—Yo tomo la de guerra... —pide, después de un breve silencio, el Luchín.

—Yo voy con doña Cleo y sus dos maridos —se decide Carlita—. No me gustan las historias tristes...

—¿Y tú? —le pregunta el Joselo a Angélica.

—Romeo y Julieta⁵ —contesta ella—. ¿O la quieres tú?

—No... me quedo con la del cachudo... A ti te gustó más esa, lo sé —cede él amorosamente.

—¿¡Cómo que perdiste el libro!? —le grita la bibliotecaria a un chico de cuarto medio.

—¡¡Ssssshit!! —se desquitan los cuatro al unísono.

* * *

⁵ *Romeo y Julieta*, del inglés William Shakespeare.



—¿Y estos cincos, Angélica...? —pregunta su mamá con la libreta en la mano, a la vuelta de la reunión—. ¿De dónde salieron este par de cincos?

—Ah... esos... Son por la disertación esa... —responde la niña un poco ofuscada, pues sus notas están impecables... salvo esos cincos.

—¿Cuál disertación? —inquieta su madre, también molestándose con la actitud de su hija.

—La de los Juegos Olímpicos —explica Angélica, sin entender el incipiente enojo de su mamá.

—¿Esa que fuiste a preparar a la casa del cabrito ese...? —su madre pronuncia “*la casa del cabrito ese*” con un tono demasiado despectivo, tanto, que hasta su padre, quien no ha dicho nada, la mira extrañado.

—Sí, mamá... —la niña no comprende lo que pasa.



—¿Y qué hicieron toda la tarde? ¡Porque para un miserable cinco, bastaba con juntarse en el recreo...! —exclama la mamá, ahora sí bien molesta.

—¡Pero, mamá...! —Angélica no sabe qué contestar a eso.

—¡No, señorita...! Tú sabes que con el estudio no se juega —la sermonea la mamá—. Si vas a la casa de alguien a trabajar, trabajas y te sacas una buena nota... Pero estos cinco demuestran que se lo pasaron haciendo cualquier cosa, menos trabajar...

—Estuvimos toda la tarde trabajando, mamá... —la niña está a punto de llorar.

—Entonces, escogiste un mal grupo —deduce la mamá—. No eran los mateos del curso, parece...

—Estaba Carlita, mamá, que tiene mejores notas que yo... Y el Luchín, que trajo casi toda la información, porque tiene internet en su casa... —le responde Angélica, enojada.



—¿Y el *cabrito ese...*? ¿Cómo se llama?
—otra vez su madre utiliza el tono aquel.

—El Joselo, mamá... —la niña mira a su padre, que tampoco parece entender mucho.

—Querida —interviene él, por fin—, ¿no crees que estás... exagerando un poco? Después de todo, son muy buenas notas y, a pesar de los cincos, mantiene el promedio...

—¿Ah, sí...? —la madre se calma un poco—. De todos modos, no me gusta que se junte con niños que no le convienen...

—¡Ni siquiera lo conoces, mamá! —le dice, sorprendida, su hija.

—Basta ver dónde vive... —comenta su madre levantándose, incómoda con la forma en que la miran—. Un conventillo...

—¿Qué es un conventillo? —pregunta Angélica, sin comprender.

—¿Tu amigo vive en un cité? —pregunta su padre a su vez.



—Sí y es... —intenta responder la niña, pero su madre la interrumpe.

—¡Un conventillo! —dice saliendo de la habitación.

—¡Otra vez! Papá, ¿qué es un conventillo⁶? —pregunta de nuevo la chica.

—No te preocupes, hija... —responde él un poco distraído, mirando la puerta por donde acaba de salir su esposa.

* * *

—¿Y estos cincos, hijo? —pregunta su papá con la libreta en la mano, de vuelta de la reunión.

—Ah, esos... Son por la disertación... la de los Juegos Olímpicos —responde el Joselo, sonriendo.

⁶ Conventillo: se usa como sinónimo de cité, pero de forma negativa. En algunos cités la privacidad era muy poca, por lo que los vecinos se entrometían demasiado en la vida de los otros, dando pie al “conventilleo” o “pelambre”.



—¿La que prepararon aquí con tus compañeros? —pregunta otra vez el padre.

—Sí, esa misma —dice el chico.

—¡Chitas...! Tienes que invitar compañeros a almorzar más seguido entonces —se ríe don Miguel—. ¡Hace hartazo tiempo que no veía un cinco en tu libreta...! Oye, ¿no se habrá equivocado la señorita Perla?

—¡Nooo...! —se ríe el Joselo también.

—¡Ah, ya caigo...! —exclama divertido su papá—. ¡Es por la niñita esa...! ¿Ah?

—¡Ya, puh...! Éramos cuatro... —responde el chico poniéndose colorado.

—Sí, pero a ella no más la invitaste a almorzar, pues... —señala don Miguel con malicia.

—¡No los iba a invitar a todos! —le dice el Joselo.

—Mire, mamá —comenta su padre con la abuela, que llega de la cocina—, su



nieto regalón subió sus notas... ¿y sabe por qué?

—¿Por qué? —pregunta la anciana.

—¡Por su tortilla de papas, pues. .! —contesta don Miguel, contento—. ¿Por qué más iba a ser...?

* * *

Por imposible que pareciera, el Joselo comenzó a mejorar sus notas y ya no solo hubo dos, sino varios cincos en su libreta. Se había bajado de la luna definitivamente, al parecer, y estaba más atento a lo que pasaba en la sala de clases. La señorita Perla descubrió que era muy buen lector y que, a juzgar por lo que decía su colega de matemática, también era bueno para los números. “*Hay que ver, comentaban todos en la sala de profesores, lo que hace el amor...*”, y se reían encantados.

El más contento de todos era don Miguel, que recuperaba así las esperanzas de que su hijo llegara a estudiar en la universidad.



Y es que Angélica le contó al Joselo lo que había pasado con su madre después de la reunión y el chico no quería, por una parte, que tuviera problemas por su culpa y, por otra, tampoco quería parecer menos frente a ella y a los ojos de su madre. Parecía humilde y tranquilo, pero tenía su orgullo también. Él podía si quería y, hasta ese momento, estaba demostrándolo.

Angélica, por su parte, lo ayudaba siempre y así se ayudaba ella también, pues el apoyo que le brindaba a él la obligaba a estudiar más, por lo que ambos se beneficiaban. Sin embargo, esto no lo veía su madre, que seguía poniendo mala cara ante su amistad con el chico. Se negó a que su hija lo invitara a almorzar, poniendo mil excusas para impedirlo. Y tampoco quería que ella fuera de nuevo a su casa, argumentando que era un barrio peligroso y podían asaltarla o quizás qué cosa peor. La niña no comprendía esta actitud de su madre, que nunca antes había actuado así, y ni siquiera podía contar con el apoyo de su



padre, que siempre moderaba las cosas, pues había adelantado parte de sus vacaciones para ir a finiquitar ciertos trámites al sur y no estaba con ellas.

Y la cosa empeoraría aun más.

* * *

—¿Qué te pasa, Angélica? ¿Te sientes mal?
—pregunta la señorita Perla preocupada.

—Sí, señorita... me duele el estómago...
—responde la niña, que se toma el vientre con las manos.

—Sí... Estás pálida, mi amor... —dice la profesora y luego, dirigiéndose al Joselo que mira intranquilo, le dice:— Acompáñala a la enfermería... a ver qué pueden hacer por ella.

* * *

—¿Te duele mucho? —le pregunta él, llevándola del brazo, mientras cruzan el patio ya de vuelta a la sala.



—Más o menos... —responde ella, con ese estoicismo propio de las mujeres frente al dolor.

—¿Qué te dijo la tía Doctora? —ella no es doctora en realidad, pero los chicos la llaman así.

—Que me vaya para la casa y que mi mamá me lleve al médico... —contesta Angélica, frunciendo el ceño.

—Bueno, entonces te dejo en la portería y me voy a buscar tus cosas —ofrece el Joselo de inmediato—. Yo hablo con la señorita...

—¡No! —lo detiene imperiosa la niña—. Vámonos a la sala, no más... si no es para tanto...

—¿Cómo no? —el chico la mira entre sorprendido y preocupado—. Si la tía Doctora dijo...

—Falta una hora para salir... —explica ella—. Y no puedo perderme el repaso de matemática, porque mañana es la prueba global...



—¡Chis...! La das otro día, no más... Estás enferma... —intenta convencerla el chico, pero no lo logra.

—Comí una manzana con cáscara y la cáscara siempre me cae mal —responde Angélica, decidida—. De aquí a la tarde se me pasa...

—Pero... —insiste el Joselo, sin embargo, ella lo interrumpe, mirándolo con una sonrisa amplia y los ojitos parpadeantes.

—No te preocupes tanto —le dice—. No quiero que me vaya mal en la prueba... Mi mamá está muy pesada conmigo por las notas y tú sabes que en matemática voy un poco perdida.

—Bueno... —accede por fin él—, y se van a la sala.

* * *

Por supuesto, el dolor no se fue tan rápido y Angélica se pasó toda la tarde tratando de



entender los números reales, entre retortijones que no la dejaron concentrarse. Aun así, nada le dijo a su mamá y al otro día, después de una noche no muy descansada, se levantó y partió a clases. Aunque ya no le dolía, su tozudez le pasó la cuenta y le fue pésimo en el examen. Para colmo, la profesora de matemática, sorprendida y molesta por el bajo rendimiento del curso en la prueba, envió una comunicación a los padres, poniéndolos al tanto del asunto. Angélica nunca había tenido una nota tan mala y su madre puso el grito en el cielo. No hubo explicación que valiera, no quiso escuchar nada de lo que su hija trató de decirle y la niña, por último, taimada y dolida, no hizo el menor empeño por justificarse. Solo cuando su mamá nombró “*al cabrito ese*”, estalló en llanto y corrió a refugiarse en su pieza, donde se encerró, sin hacer caso ni de ruegos ni de amenazas.

El Joselo no lo pasó mejor. Aunque su nota no fue tan mala como la de Angélica, don Miguel ya se había entusiasmado con el alza en el rendimiento de su hijo y no le gustó



para nada el repentino retroceso. El chico se fue a acostar bien retado y castigado aquella noche.

* * *

—Angélica, ven para acá —llama su madre desde la cocina, donde acaba de terminar su desayuno.

—¿Qué? —responde hosca la niña que, aprovechando que es sábado, se levanta tarde para no toparse con ella, pero es inútil.

—Cuidado con el tonito, señorita —su mamá la mira muy seria—. ¿De dónde sacaste eso de encerrarte en tu pieza? No me gusta hablar con las puertas...

—Perdón, mamá... —Angélica no la mira y se disculpa por mero formalismo.

—Mmm... ¿Qué te pasó en la prueba? —la voz de su madre se suaviza un poco. Después de todo, es la primera vez que sucede lo que sucedió y comprende que su hija no está bien.



—Comí manzanas con cáscara ese día y me dolió el estómago —suspira la chica, resignada—. No pude estudiar bien...

—Pero, hija... ¡Sabes que te hace mal eso...! —la mujer abraza a la niña un poco arrepentida de su dureza—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Tú no me dejaste, mamá... —protesta Angélica.

—No, no anoche, sino cuando te enfermaste... —explica su madre—. Te habrías quedado en casa y no te hubieras sacado esa nota... Tampoco habríamos peleado...

—Es que tú quieres que sea responsable y estudie —le contesta la niña.

—¡Mi chiquitita...! —la besa, cariñosa—. Pero no a costa de tu salud, mi niña. No hay nada más importante que tu salud... Perdóname por retarte tanto, ¿ya?

—Yo quería sacarme una buena nota...



—Angélica se pone guagualona, aliviada por la comprensión de su madre.

—Lo sé, lo sé... No importa, mi niña, queda hartoo año todavía para recuperarse... —la consuela y vuelve a abrazarla bien fuerte.

—Oye, mamá —dice la chica, aprovechando su buen humor—, por si te sirve de consuelo, a Carlita también le fue mal... y a casi todo el curso, en realidad...

—¿Sí...? —la madre duda un momento, pero al fin pregunta—. Y al... a tu amigo ese, ¿cómo le fue?

—Mal...

—Ah...

* * *

—Oye, Carlita —dice Angélica, al tiempo que se seca el pelo temblando de frío—. ¿Tú sabes cuándo murió la mamá del Joselo?

Pelusa 79



—¿La mamá del Joselo? —pregunta Carlita, peinándose el pelo húmedo—. Que yo sepa, no ha muerto.



—¿Cómo...? —Angélica la mira extrañada—. Él me dijo que había muerto...

—Bueno, a lo mejor murió, pero nosotros no nos enteramos —responde su amiga, guardando el buzo en su mochila.

—Entonces, fue hace mucho tiempo —concluye Angélica—. Quizás cuando el Joselo era chico...

—No creo —refuta Carlita—. ¡No, puh, si tiene dos hermanos más chicos!... Y yo me acuerdo, en primero básico, de haber visto al Joselo de la mano de una señora...

—Sería su abuelita... —Angélica empieza a sospechar algo.

—¡Noo...! Yo conozco a su abuelita y no era ella —afirma, categórica, Carlita—. Estoy casi segura de que era su mamá.

—¿Y cómo murió sin que ustedes lo supieran? —pregunta Angélica, intrigada.



—Yo no creo que haya muerto —contesta Carlita agarrando su mochila y encaminándose a la puerta del camarín—. Ya, apúrate, que la señorita Perla se enoja si nos demoramos mucho en las duchas...

* * *

La duda se instaló en la mente de Angélica: si no estaba muerta, ¿dónde estaba, entonces, la madre del Joselo? Volvió a preguntarle a Carlita, pero su amiga siguió con sus respuestas vagas. Le preguntó al Luchín, que era el amigo de siempre del Joselo, sin embargo, sus respuestas fueron más inciertas que las de Carlita: *“Yo no me acuerdo de nada que haya ocurrido hace más de una semana”*, fue lo último que le dijo, molesto por la insistencia de la chica. Pero, sin duda, algo sabía el Luchín, pues en cuanto estuvo solo con el Joselo, le avisó: *“Angélica anda preguntando por tu mamá”*. El chico se mordió los labios, sin decir nada.



En cuanto a Angélica, recurrió a una fuente mucho más segura, pero también mucho más difícil de abordar: la señorita Perla. Nerviosa y tratando de no parecer una intrusa, quiso preguntarle de una manera indirecta por la madre de su amigo. La profesora la miró a la cara y le dijo, muy seria: *“Si lo que quieres es saber acerca de la mamá del Joselo, no es a mí a quien debes preguntarle... Si él no te ha contado, yo menos puedo hacerlo. Pero ten paciencia, ya te contará...”*. Y ahí quedó la niña, sin haber averiguado nada, aunque con la dudosa certeza de que la madre del chico, al parecer, no estaba muerta.

* * *

—¡Ya! ¡Aquí tienen: una para ti, otra para Carlita...! —exclama, entusiasmado, el Luchín repartiendo invitaciones.

—¿Qué es esto, Luchín? —se mofa Carlita—. ¿No estás un poquito grande para celebrar tu cumpleaños con gorros y cornetas...?



—¡Y con challa y pitos, también! —se ríe el Luchín, sin amago de avergonzarse—. Me encantan las serpentinas y los globos...

—¿Y habrá payasos? —pregunta, divertida, Angélica.

—¡Ah, no, yo no aguanto que me pinten la cara! —advierte el Joselo, muerto de la risa.

—Ríanse no más, pero apuesto a que igual lo van a pasar de miedo en la... *¡Fiesta del Luchín! ¡Fiesta del Luchín!...* —termina cantando el cumpleaños.

—Estás loco —le dice Carlita, tratando inútilmente de ponerse seria—. Tus fiestas son... son...

—¡Las mejores! —exclama el Luchín—. ¿Y saben por qué? Porque, como mis viejos son separados, compiten por ver cuál de los dos pone más plata para la fiesta...

—¡Idiota! —le dice Angélica—. Eso debería darte pena, en vez de alegrarte.



—¡Chis! ¿Y para qué sirvió el sicólogo entonces? —responde el chico—. Ya lloré hartó por eso...

—Este jetón se alegraría hasta de quedarse repitiendo —afirma Carlita.

—¡Pucha! Debe ser terrible que se separen tus papás —comenta Angélica, seria de pronto—. Que uno de ellos se vaya de la casa...

—Terrible de verdad... —la voz del Joselo apenas se escucha, cuando habla mirando al suelo.

—¡Uy, qué cara! —exclama, sorprendida, Carlita al mirarlo.

—Es que a ti te faltó el sicólogo... —le dice el Luchín, pero se arrepiente en seguida y se calla.

—¿Por qué? —pregunta Angélica, aprovechando la oportunidad.



—¿Qué sé yo? —el Joselo se encoge de hombros, pero le echa una mirada mortal a su amigo—. Leseras que se le ocurren a este...

—¿Qué leseras? —ahora es Carlita quien pregunta.

—No sé... —responde el chico, justo en el momento en que suena la campana—. ¡Ya, vámonos a la sala mejor...!

* * *

Los fines de semana eran desastrosos para el Joselo. Su familia jamás se hubiera imaginado siquiera que algún día verían al muchacho suspirando por no poder ir al colegio. Si no lo obligaban a hacer algo, se lo pasaba echado en su cama, soñando con Angélica. Sus hermanos chicos lo mosqueaban hartos con eso de “su polola”, pero él no les hacía caso. Su hermana mayor se quedaba viéndolo y meneaba la cabeza, preocupada: “Este pajarón se enamoró hasta las patas, pero...”, decía sin que él escuchara. “Pero, ¿qué...?”, preguntaba la abuela y su nieta



respondía, imprecisa: “No me gusta nada todo esto... Va a terminar llorando, el muy pajarón...”.

* * *

Uno de esos fines de semana, don Miguel invitó a su hijo a darse una vuelta por el Persa de Bio-bío⁷. Les gustaba eso de pasarse horas mirando cachivaches, antigüedades, libros y cuanto artículo viejo o de segunda mano se ofrecía tirado en el suelo, en el más intrincado y estructurado desorden. Ambos escrutaban en silencio y en detalle cada puesto, buscando algo que no podían definir, pero que seguramente reconocerían como imprescindible en cuanto lo vieran. El Joselo ya había aprendido todos los códigos no escritos del mercadeo en los persas: se miraba sin prisa y con rostro imperturbable.

Pelusa 79

⁷ Se llama mercado persa a toda feria informal donde, los fines de semana, se ofrecen los más disímiles objetos a la venta, mayoritariamente antigüedades y cosas usadas. El de la calle Bio-bío es uno de los más conocidos de Santiago.



Si algo llamaba la atención, estaba permitido inclinarse para verlo mejor. Pero cuando algún artículo realmente interesaba (es decir, cuando el espíritu del potencial comprador, de alguna manera, empatizaba con la esencia de la cosa tirada allí, aparentemente al lote, entre otras), entonces, como pensando en otra cosa, y siempre con el rostro inmutable, había que inclinarse rápidamente y tomar... cualquier objeto junto al deseado, pero jamás ese, y, sin decir palabra, interrogar con la vista al vendedor. Después se hacía una mueca ambigua (algo despectivo, pero no ofensivo) y se dejaba lo tomado otra vez en el suelo. Ahí, en ese momento, como para no perder el impulso, se ponía un dedo sobre *eso*, lo que verdaderamente se quería, y se volvía a preguntar. Lo que venía después, dependía del precio, pero solía dejar conforme tanto al vendedor como al comprador.

Don Miguel ya había comprado un soplete, una lámpara a parafina y estaba iniciando el ritual del regateo, examinando una radio vieja,



para comprar el anafe⁸ que estaba junto a ella. El padre de Joselo adquiría ese tipo de cosas y ya tenía más de cincuenta piezas en su colección. Su hijo, digno heredero, pero de recursos más modestos, coleccionaba revistas antiguas. Sin más condición que el simple capricho, tenía bajo su cama tres cajas de plátanos llenas de ejemplares de *Mampato*, *Súperman*, *Mecánica Popular*, *Life*⁹ y otras más.

Pero ese día aún no había comprado nada. Buscaba algo especial, algo que regalarle a Angélica. No obstante, no encontraba cosa alguna que le pareciera digna de ella. Había visto un espejo de mano antiguo de plaqué, pero era muy caro; una cajita de música a cuerda, pero no funcionaba; y, lo último, un viejo libro de poemas, pero no sabía si a ella

⁸ Anafe: cocinilla a parafina, fabricada en bronce, lo que la hace muy atractiva como motivo de decoración.

⁹ Revistas antiguas, muy populares entre las décadas de los años 50 y 70.



le gustaba la poesía. Lo malo era que se hacía tarde y su padre, que ya había comprado el anafe, lo apremiaba para que se decidiera por algo para poder ir a almorzar.

Finalmente, optó por el libro de poemas, que se había quedado una cuadra atrás. Don Miguel se plantó en la esquina sin querer devolverse y el Joselo tuvo que ir solo a comprarlo, mientras su papá lo esperaba tomándose un vaso de mote con huesillos. Cuando llegó al puesto donde vendían el libro en cuestión, quiso poner en práctica el sistema del regateo, por lo que se agachó y, en vez de tomar el libro, agarró un cuchillo de monte, de aspecto bastante patibulario, que estaba a su lado. Fingía examinarlo, cuando oyó un “¡Joselo!”, pronunciado por la voz más armoniosa, celestial y... menos esperada en ese momento para él. Sintió que el corazón le daba botes en el pecho e, iluminado por un rayo de alegría, se volvió y allí estaba Angélica, sonriente y tan feliz como él.



Pero la señora que estaba parada tras ella, no sonreía. Por el contrario, su rostro estaba blanco y sus ojos muy abiertos, mientras miraba con horror las manos del chico. Entonces el Joselo se dio cuenta de que todavía empuñaba el tremebundo cuchillo y, suponiendo lo que la señora pensaba, rápidamente lo dejó caer entre las otras cosas. Aunque no conocía a la mamá de su amiga, supo por el parecido que era ella. Y también supo que estaba perdido cuando la escuchó decir:

—“¡Y estos son los amigos que haces en el colegio! ¡Cabritos que andan comprando cuchillos quizás para qué!...”.

Y, sin permitir explicación alguna, tiró de la niña tan violentamente que, compungida y sin entender nada, no tuvo más remedio que seguirla.

El Joselo se quedó desolado, viendo cómo se alejaban sin poder hacer nada. De no haber estado en público, se habría puesto a llorar. De pronto, alguien dijo a sus espaldas:

—¡Puchas, la mujer exagerada!

Al volverse vio que era el vendedor del puesto, un hombre ya mayor, con barba cana y ojos tristes, que le alargaba el libro de poemas.

—Esto querías, ¿no? —le preguntó y se lo puso en las manos, agregando:— Llévatelo, te lo regalo... nadie en su primer amor puede pasar por algo así, sin una... compensación.

El chico lo miró sorprendido y el hombre sonrió, bonachón, y le guiñó un ojo.

* * *

Pelusa 79







—No entiendo —dice la señorita Perla, muy seria—. ¿De qué está usted acusando al colegio?

—Me parece que está claro —explica la mamá de Angélica—. ¿Cómo pueden admitir alumnos que andan... armados? Cuando matriculamos a nuestra hija aquí, lo hicimos porque este colegio tiene su prestigio...

—Y muy bien ganado —interrumpe la profesora—. Señora, encuentro muy difícil de creer que José ande con un cuchillo por ahí. Además, en las circunstancias en que usted lo vio... Los niños se sienten atraídos por las pistolas, los cuchillos y esas cosas, pero eso no significa que este chico sea un delincuente. Conozco a su familia desde hace muchos años: su padre es un hombre irreprochable, su hermana fue una alumna destacada y los más pequeños, incluido José, nunca han dado un problema...

—Yo no acostumbro a mentir, yo lo vi... —responde la mujer, ofuscada—. Aquí será un angelito, pero afuera no.



—Ningún niño es un angelito —señala la señorita Perla—. Pero, créame, si hay alguno que diste de ser un niño malo, ese es José...

—Por lo visto, no me queda más remedio que hablar con... alguien más importante aquí —dice la mamá de Angélica con tono intimidatorio.

—Está en su derecho —le replica sonriente la profesora, y veinte años en el colegio, educando tanto a los niños como a sus padres, avalan esa sonrisa tranquila—. Yo, en tanto, hablaré con el chico y su padre, para enterarlos de este asunto...

—¡Ah...! ¿Usted va a hacer eso? —pregunta dudosa la mujer.

—Por supuesto, si se acusa a alguien, hay que darle la oportunidad de que se defienda, ¿no le parece? —contesta, siempre sonriendo, la señorita Perla.

—Sí... claro —la otra duda aún más.



—¿Quiere que le consiga una cita con el director? —pregunta la profesora inocentemente.

—No, no se preocupe, eso... eso lo hago yo...

* * *

—Que tu mamá... ¿qué? —pregunta, sorprendida, Carlita.

—No quiere que me junte más con el Joselo —responde llorando Angélica—. Cree que es un *pato malo*...

—Oye, perdona, pero tu vieja está loca... —afirma la otra con convicción.

—Yo no sé lo que le pasa... —suspira la niña.

—¿Y qué vas a hacer? Aquí, en el colegio, va a ser bien difícil obedecerle... —señala Carlita con cierta malicia.



—Cierto, pero le pidió a la señorita Perla que me cambie de puesto... —dice Angélica, limpiándose los mocos.

—Bueno, pero eso no es tan terrible... —la consuela su amiga.

—Dice que, si no le hago caso, me va a cambiar de colegio...

—Eso sí es terrible...

* * *

Como no se podía negar, la señorita Perla cambió a la niña de puesto. Luchín volvió al lado de su amigo y Angélica se acomodó junto a Carlita... justo detrás del Joselo.

“No me gustan estos pololeos entre niños tan chicos...” decía, para justificarse, la profesora. *“Generalmente, no hacen más que dar problemas, pero estos dos juntos han tirado para arriba, no solo a ellos mismos, sino a todo el curso”*.



Y tenía razón: aunque no era exactamente un pololeo (jamás se habían dado un beso, ni se les había ocurrido siquiera), el amor entre el Joselo y Angélica era un hecho conocido por todos y se había convertido en una especie de “bien común” que todos cuidaban o, por lo menos, respetaban. Ya nadie en el curso los molestaba y hasta eran vistos de otra manera por sus compañeros. El simple hecho de quererse, sin arrebatos ni tapujos, los hacía verse “más grandes” a los ojos de los demás. Todos intuían, de alguna manera, que para amar se necesitaba madurez, sobre todo si se hacía como ellos lo hacían, sin niñerías, sin tirarse el pelo, sin corretearse por los pasillos, sin negarse avergonzados el uno al otro, sin cartitas tontas. Simplemente, siendo los mejores amigos del mundo, nada más. Y esa madurez se trasuntaba a los demás y a eso se refería la señorita Perla.

Por lo pronto, el Joselo, que antes vivía en la luna, ahora estudiaba y había mejorado notoriamente sus calificaciones, y sus compañeros pensaban que, si él podía,



también ellos. Así que, el que antes era sujeto de bromas por lo perdido que andaba, en unos pocos meses se había convertido en el ejemplo a seguir. Y esto no solo en cuanto al rendimiento. Aunque nunca se portó mal y siempre estaba bien dispuesto, el Joselo no se destacaba mayormente entre el resto de sus compañeros. Sin embargo, junto con las buenas notas, le llegaron también aires de líder y de organizador que antes no tenía. Por destacarse a los ojos de Angélica, se atrevía a todo, desde sugerir ideas para el diario mural, hasta organizar una rifa para juntar fondos para el curso. Incluso, se ofreció para ser el primero en disertar solo, en un nuevo trabajo para la señorita Perla, y sacó hasta aplausos hablando de su colección de revistas. Ciertamente era que lo había ayudado su hermana, pero eso no le restaba mérito al primer siete que le ponían en años. Don Miguel casi armó una fiesta en el cité cuando lo supo.

Sí, el Joselo bajó de la luna... pero a veces volvía a ella. Nunca tuvo ocasión de regalarle el libro de poesía a Angélica, así que empezó



a leerlo y, casi sin querer, le agarró un gustito que nadie se lo hubiera imaginado. Claro que se lo guardó como un secreto que no se atrevió a contarle ni siquiera a Angélica. Solo la señorita Perla se enteró de esa afición del chico, cuando él le pidió ayuda para hacer algo que no sabía hacer.

* * *

—Hola —la mamá de Angélica saluda amablemente a la muchacha que espera junto a la puerta—. ¿Se terminó la fiesta ya?

—Hola —contesta la chica—. No, me temo que tienen para rato...

—Ah... Vengo a buscar a mi hija —dice la mujer, echando un vistazo hacia adentro, desde donde llega el estrépito de las cornetas y gritos—. Pero parece que lo están pasando bien... Voy a esperar un rato...

—No queda otra —sonríe la muchacha.

Pelusa 79



—¿Y tú? ¡No me digas que vienes a buscar a tu hijo! —exclama sorprendida la madre de Angélica—. ¡Eres muy joven!

—¡No...! —se ríe la otra—. Vengo por mi hermano...

—¡Ah! ¿Y siempre te toca a ti? ¿Eres la mayor? —pregunta, simpática, la mujer.

—Sí... Pero antes era peor, porque no tenía documentos para manejar... —responde la chica, resignada.

—Es una lata, pero... hay que hacerlo —dice la mamá de la niña—. Imagínate, toda la semana trabajando, lo único que quiero el domingo es descansar ¡y me toca un cumpleaños...!

—Yo tengo una prueba mañana... —acota la muchacha, mirando al cielo que ya empieza a oscurecerse.

—¿Estás estudiando? —pregunta la mujer, algo sorprendida.



—Sí... pedagogía en inglés —explica la otra.

—¿Sí? ¡Qué curioso! —exclama sorprendida la mamá de Angélica—. Yo también estudié pedagogía en inglés... Pero no terminé... se me ocurrió enamorarme y... ¡me casé!

—¿Cuánto tiempo alcanzaste a estudiar? —la chica pregunta solamente por mantener la conversación.

—Tres años... —la mujer suspira—. Fui una tonta, pero cuando una se enamora, baja el apuro... No me quejo del matrimonio, creo que he sido feliz... pero siempre he tenido esa espina clavada. Tal vez, pudimos aguantarnos un poquito... ¡Bueno, lo hecho, hecho está!...

—Yo estoy pololeando, pero no pienso casarme todavía —dice, seria, la muchacha.

—Sí, no hay ningún apuro —señala la mujer, sonriendo—. Termina tu carrera, no más...

—Es lo que pienso hacer —contesta la otra



y luego, mirando hacia adentro, agrega:— ¡Ah, por fin! Aquí viene mi hermano.

—¿Él es tu hermano? —pregunta la mamá de Angélica, súbitamente seria.



—¡Sí...! Este mismo —confirma la chica, abrazándolo cariñosa—... Saluda, pajarón...

—Buenas tardes, señora —dice el Joselo con timidez.

—Hola —responde la mujer fríamente.

—Bueno, nos vamos... —la hermana del niño sonríe amable—. Gusto en conocerte...

—Igualmente...

* * *

El curso entero, ya sentado en el bus, esperaba ansioso a que empezara el paseo. En realidad, no era un paseo, sino un “recorrido histórico” por Santiago, como lo llamó la señorita Perla. Es decir, recorrerían la ciudad visitando edificios, plazas e iglesias importantes, desde la Estación Central hasta el Palacio de la Moneda y muchas partes más, por supuesto. Abajo, sobre la vereda, una veintena de padres gritaban las últimas recomendaciones y adioses a sus hijos que, por



supuesto, no escuchaban nada y solo sonreían y batían las manos, despidiéndose.

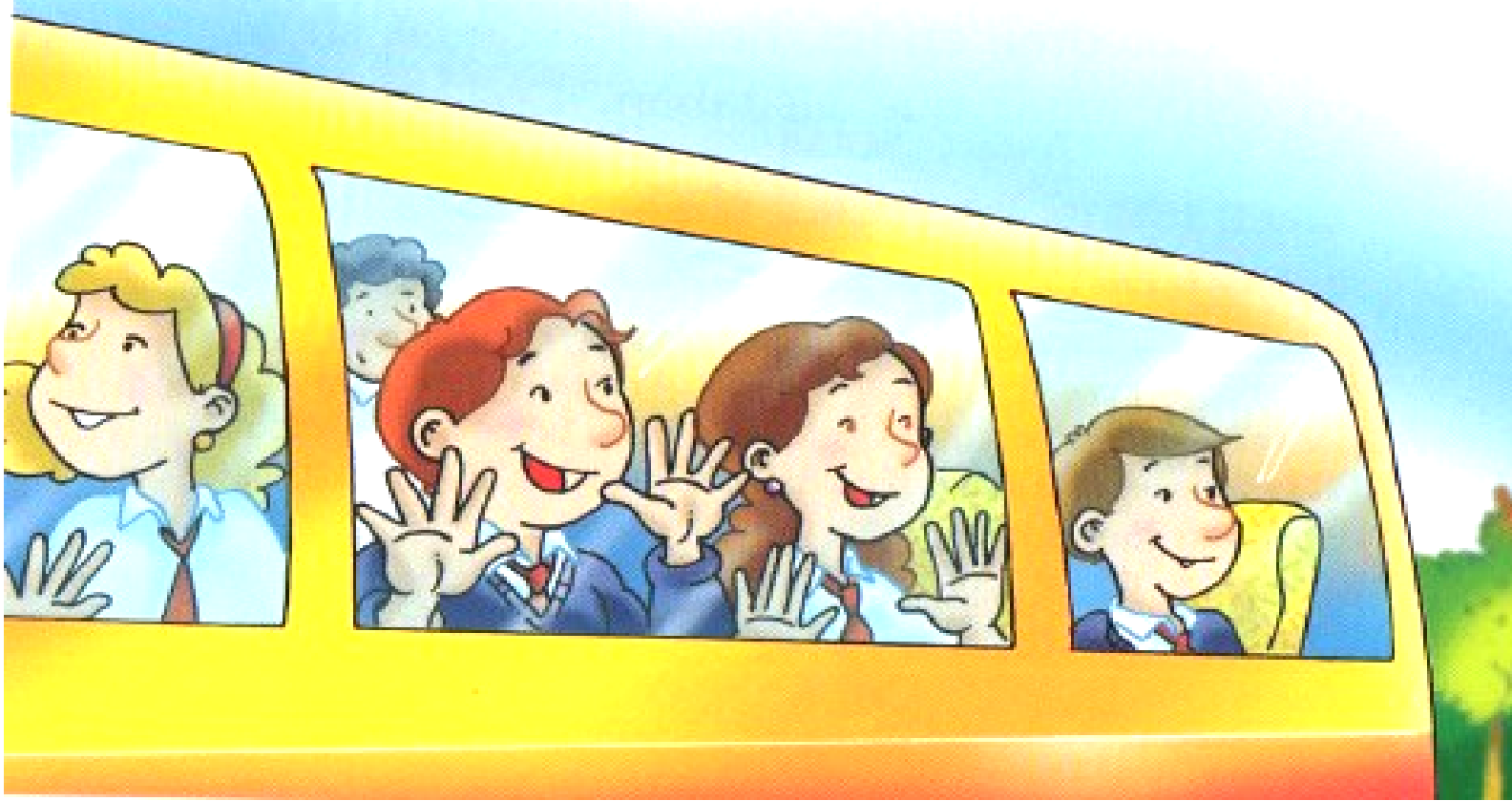
Por fin, todo estuvo listo y partieron. Cuando dieron vuelta en la esquina, el José se levantó y cambió su puesto, al lado del Luchín, con Carlita, al lado de Angélica, cuya madre había ido a despedirla. Lo pasaron fenomenal, sacándose fotos el curso entero en cada sitio que visitaban: casi montados en el caballo de don Pedro de Valdivia, en la Plaza de Armas; sentados en las escaleras de mármol del ex Congreso Nacional; jugándose una pichanguita en la Plaza de la Constitución, antes del cambio de guardia en la Moneda; escuchando embelesados el carillón¹⁰ de la Merced o molestando a las beatas que rezaban en la Catedral; en fin, haciendo de las suyas en cada lugar que visitaban. Los guardias

¹⁰ Carillón: aparato musical que ejecuta una o varias melodías por medio de la percusión de campanas o tubos armonizados. El de la iglesia de la Merced, en Santiago, es uno de los más antiguos y conocidos.

—●—

municipales sudaron la gota gorda con esa caterva de chiquillos desbandados, mientras la señorita Perla trataba de disimular la risa y explicaba la importancia del lugar visitado.

Por fin, en la última parada, la plaza Brasil, se agotaron las pilas y la mayoría se tendió a la sombra de los añosos árboles de gigantescas y retorcidas raíces, a comerse lo que les quedaba de sus colaciones. El Joselo, Angélica, Carlita y el Luchín, después de divertirse un rato en los pintorescos y coloridos juegos, se sentaron en el pasto a esperar la orden de partida. Estaban cansados y felices, muy cansados y muy felices. En un momento en que sus amigos se





descuidaron, el Joselo
deslizó un papel doblado
en la mano de Angélica, al
tiempo que le susurró al oído:

—Léelo después, cuando estés sola.

La niña se guardó el papel en el bolsillo
y lo miró intrigada. Él se puso colorado y
bajó la vista, pero ella le acarició la
mano y le sonrió. Un exagerado
“¡ejem!” de Carlita los trajo
a la tierra otra vez:





la señorita Perla los estaba llamando desde la puerta del bus.

Recién en la noche, después de relatarle todo el paseo a su papá, que había vuelto del sur, de hacer sus tareas, de ver la teleserie y de comer, Angélica pudo leer el papel. Lo sacó del escondite donde lo tenía a resguardo de su mamá y lo desdobló con cuidado y bastante emoción, pues era la primera vez que el Joselo le escribía algo. Eran unas breves líneas, garrapateadas como con apuro, pero muy ordenadas. Era un poema que decía así:

EL SOL EN TUS OJOS LLEGÓ

*En la luna vivía un niñito,
soñando con el sol
y en unos ojos lindos,
el sol de pronto le llegó,
y los destellos de sus rayos
alumbraron su corazón.
¿Sabes?, esos ojos son los tuyos
y ese niño... soy yo.*



Nada más. Angélica lo leyó varias veces, antes de esconderlo de nuevo y acostarse. Su madre pasó a verla más tarde, como siempre, y la encontró dormida, sonriendo.

* * *

—Tú, ¿qué quieres ser cuando grande?
—pregunta el Luchín, tratando de cortar un palito con el serrucho.

—No sé... —responde el Joselo, usando diestramente el martillo—. A veces me gustaría ser electricista, como mi papá, pero él dice que yo tengo que ser más que un simple electricista.

—¿No le gusta lo que hace, acaso? —pregunta Carlita, lijando una tabla.

—Le encanta, pero él quiere que yo vaya a la universidad, como mi hermana... —explica el chico.

—Yo quiero ser... ¡futbolista! —exclama el Luchín, siempre peleando con la herra-



mienta—. ¡Y jugar en el Audax y después irme a Italia a jugar al Real Madrid...!

—¡El Real Madrid es de España, asopado! —se ríe Angélica mientras pinta.

—Además, para eso hay que ser bueno para la pelota... —se burla el Joselo, terminando de construir el camión de madera.

—¡Chis! Tan bueno que eres tú... —dice el Luchín, picado, y agrega molesto, mirando el serrucho:— ¡¿Cómo se corta con esta porquería?!

—¡Así, asopado...! —el Joselo le quita la herramienta y corta hábilmente.

—Bueno, podrías ser carpintero —comenta Carlita—. Lo que es yo, voy a ser dentista...

—Y andar de boca en boca... —ahora es el Luchín el que se burla.

—Gracioso... —le contesta la niña y después agrega:— Y tú, Angélica, ¿qué quieres ser?

Pelusa 79



—¡Ay, no sé...! ¡Cualquier cosa, menos lo que hacen mis papás! —responde la chica.

—¿Por qué? ¿Es muy fome...? —pregunta el Luchín, ahora envarado con el martillo.

—¡Una lata...! —contesta Angélica—. Siempre se andan quejando, sobre todo mi mamá...

—Mis papás igual —tercia Carlita—. Yo no entiendo a los grandes, ¿por qué hacen algo que no les gusta?

—Cualquiera se cansa haciendo lo mismo todos los días —señala el Joselo—. Mi papá también se queja... a veces.

—La señorita Perla no —dice Angélica, mirando por la ventana hacia el patio, por donde la profesora avanza sonriente y a paso rápido—. Ella siempre está contenta, ¿se han fijado?

—Con lo mal que nos portamos... —se ríe Carlita.



—Es que ella se desquita en las pruebas —afirma el Luchín, no se sabe si en serio o en broma—. La venganza es dulce, dicen...

—¿Será por eso que los papás nos retan tanto? ¿Para desquitarse de lo que les pasa en su trabajo? —pregunta tristemente Angélica, y todos se quedan viéndola.

* * *

—Joselo... —Angélica lo mira como despacito, como no queriendo mirarlo.

—¿Qué? —él ve el partido casi sin ganas, el sol pega fuerte en el borde de la cancha.

—Tu mamá no está muerta, ¿cierto? —ella acaricia su mano discretamente, para que los demás no se den cuenta.

—No... no está muerta... —responde lacónico el chico, endureciendo el rostro y sin querer mirarla.

—¿Fue muy malo? —Angélica pregunta suavemente, casi sin voz, como con el corazón



solamente, conectado al de él por sus dedos sobre su mano.

—...Mucho... —el Joselo tarda en contestar, siempre sin verla.

—¿Y ahora, cómo estás? —la niña nota que él sufre y siente ganas de abrazarlo y consolarlo, pero solo lo alcanza con la breve caricia de sus dedos.

—... Enojado... —dice simplemente él, por fin volviéndose a mirarla.

Alguien marca un gol, pero ellos no se enteran, pues sus miradas cruzadas se enfrentan.

—Joselo... —ella baja los ojos—, no puedes estar toda la vida enojado...

—Tú no entiendes... —la interrumpe él, retirando su mano.

* * *



La mamá de Angélica avanzó por el pasillo hacia la sala del quinto B, todavía rumiando la discusión con su jefa. Se había equivocado al inventariar unos vestidos, un error mínimo, en realidad, pero su jefa andaba de malas y la agarró con ella. Tuvo que aguantar todo el chaparrón y se sintió tan humillada que, de haber podido, le habría tirado su renuncia por la cara. ¡Qué se había imaginado, la muy...! Pero llegó a la sala, que ya estaba llena, y no había dónde sentarse. Más fastidiada de lo que ya venía, se preguntó cómo esas mujeres lograban que sus maridos las acompañaran a las reuniones de apoderados. Eso le pasaba por llegar atrasada, también. Por suerte, uno de los papás se levantó y le ofreció su asiento:

—Así aprovecho de ir a fumarme un cigarrito... —le explica por lo bajo el hombre, y se va.

Se sienta y bosteza la mitad de la reunión, mientras el resto de los apoderados discute por las cuotas de curso impagas. Una señora gorda reclama en contra de los papás “frescos”



que no pagan, pero igual mandan a sus hijos a los paseos. Otro, ofendido, dice que no se puede calificar a nadie de fresco, sin saber primero qué pasa con “sus finanzas”. Y así, los argumentos iban y venían, mientras la madre de la niña lo único que quería era que entregaran las notas para irse de una vez por todas.

Por fin, uno de los padres, un hombre alto y macizo, de bigotes negros y sonrisa bonachona, pidió la palabra para decir que ya estaba bueno de discutir siempre las mismas leseras, que si había papás que no pagaban tendrían sus razones, buenas o malas, pero las tenían, y que eso nunca iba a cambiar:

—Pero en este colegio se pretende enseñar a los niños a que sean solidarios y, si yo puse a mi hijo aquí, tengo que comulgar con eso, —agregó el hombre—. Por lo tanto, aunque el papá no pague, su hijo tiene que ir con los demás, porque les hemos enseñado que eso es lo que hay que hacer: ayudar al que no puede. ¿Cómo le explico a mi hijo que su amigo no



va al paseo, o a donde sea, porque su papá no pagó las cuotas? Los que no pagan, como quien dice, van de invitados de los que pagan, y se acabó. Yo estoy con las cuotas al día, pero puede que el próximo año me quede sin trabajo y no tenga para pagar, en ese caso, ¡puchas que me gustaría que invitaran a mi hijo... por favor!

La mujer sentada junto a la mamá de Angélica, le comentó:

—Este caballero habla poco en las reuniones, pero cada vez que lo hace, dice las cosas tal como son... es muy atinado.

Ella pensó que tenía razón, aunque era demasiado generoso, para su gusto. De todos modos, agradeció mentalmente al hombre porque, tras su intervención, terminó la discusión sobre las cuotas y la señorita Perla pudo, finalmente, entregar las libretas de notas.

—Por suerte, ese caballero puso orden, si no, esto no se acaba nunca...— le dijo sonriendo a



la profesora, cuando esta le entregó la libreta de su hija.

—¡Qué suerte, ¿no? Así es don Miguel, el padre del Joselo... —le contestó la señorita Perla, con una singular sonrisa, que no le cayó nada bien.

Molesta, se dirigió a la puerta, pero antes de salir, unas fotos colgadas en un diario mural llamaron su atención. Eran las del paseo por Santiago: allí estaban los chicos apretujados para entrar en foco, en cada lugar que conocieron ese día. ¡Y allí estaba su hija, en cada foto tomada aquel día, junto *al cabrito ese...*!

* * *

—Buenas tardes, señor —saluda educado el Joselo, a su lado están Carlita y el Luchín—. Vinimos a preguntar por Angélica... ¿Ella está bien...?

Pelusa 79



—Hola —responde el padre de la niña, que se ve demacrado—. Está enfermita, la pobre... Ha tenido harta fiebre los últimos dos días y no sabemos por qué...

—¿Es muy grave? —el Joselo se angustia de pronto.

—Según el médico, no... pero, no sé... —el hombre hace un gesto nervioso, no parece muy convencido con el diagnóstico.

—¿Podemos verla? —pregunta Carlita.

—¡Pucha... no sé! —responde el papá—. No sé si será contagioso y está muy decaída...

—Por eso mismo, así le levantamos el ánimo —insiste Carlita.

—Hagamos una cosa —se decide el hombre, después de pensar un rato—. Entre uno de ustedes a verla y así no los expongo a todos, por si acaso. Además, nos evitamos problemas con mi mujer, que ha estado muy nerviosa últimamente y no le gusta que lleguen visitas con la casa desordenada...



—Entonces, entra tú —le dice Carlita al Joselo—. Contigo se alegrará más...

—No, mejor tú... —se niega el chico, que sabe que no le simpatiza a la mamá de Angélica—. Dale mis... nuestros saludos y acuérdate de decirle que la señorita Perla está muy preocupada. Nosotros te esperamos allá abajo...

—Bien... —accede la niña, comprendiendo.

* * *

—¿Cómo está? —pregunta ansioso el Joselo cuando Carlita sale por fin del edificio donde vive Angélica.

—Más o menos, no más... —contesta la chica, con cara de preocupación—. Se ve muy decaída, aunque se animó un poco cuando supo que estabas aquí...

—¿Qué tiene? ¿Le duele algo...? —pregunta el Luchín.



—No le duele nada, pero ha tenido una fiebre que sube y baja sin razón. Pero...
—Carlita se detiene, dudosa.

—¿Pero qué? —el Joselo inquires presuroso.

—Yo creo que está enferma de pena...
—dice por fin la niña.

—¿Enferma de pena? —pregunta el Luchín, esbozando una sonrisa incrédula.

—Sí. Me contó que su mamá no la deja en paz por juntarse contigo —señala Carlita mirando al Joselo—. El día de la reunión de apoderados, la señora llegó furiosa con ella, porque vio las fotos del paseo y en todas ustedes aparecían juntos...

—¡Chuta! ¡Las fotos...! ¡Cómo no me acordé de sacarlas...! —el Joselo se golpea la frente, desolado.

—Dice que casi le pegó... Si no es por su papá... —sigue contando Carlita—. El asunto



es que la castigó y le juró que el próximo año la cambiaba de colegio. Al otro día, Angélica amaneció con fiebre.

—Pero, ¿qué le dio a esa vieja contigo? —pregunta el Luchín, indignado.

—No sé y Angélica tampoco entiende —contesta el Joselo sombrío—. Parece que no soy de su clase...

—¿De su clase? ¡Chis! ¿Y que ellos son de la alta sociedad, acaso? —el Luchín se enoja más todavía—. Este condominio será nuevo, pero sigue estando dentro de la misma comuna.

—Y el colegio cuesta lo mismo para los dos, ¿o no? —agrega Carlita, también molesta—. Es más, tu papá paga por tres, mientras ella es una sola...

—Yo no sé... —dice el Joselo casi llorando—. Los adultos son tan... raros.

* * *

Pelusa 79



Cuando Angélica volvió, todos se alegraron, pero en especial el Joselo. Sin embargo, no pudo decírselo, pues la niña venía de la mano de su madre, que pidió hablar con la señorita Perla. Desde lejos vio que las dos mujeres conversaban muy serias, mientras Angélica mantenía la vista fija en el suelo. Cuando la charla acabó, la mamá de la chica la abrazó, la besó y se fue. La señorita Perla contempló un instante a la pequeña, luego le acarició el pelo con la tristeza pintada en la cara y, entonces, Angélica se echó en sus brazos, rompiendo a llorar. El Joselo sintió que se le partía el corazón.

Al entrar a clases, la profesora sentó a Angélica en un banco junto a ella y se acercó al Joselo.



—La madre de Angélica —le dijo bajito— amenazó con retirarla del colegio si se enteraba de que se juntó contigo otra vez. No creo que lo haga, no es una mala mujer, pero es muy terca. Así que, como están las cosas, creo que será mejor que traten de no juntarse más que lo necesario. Espero que no sea por mucho tiempo... trata de comprender, hijo... ¿Qué estoy diciendo? ¡Le estoy pidiendo a un niño la comprensión que una mujer adulta no tiene!

El chico quedó destrozado. Si quería seguir viendo a





Angélica, si quería conservar por lo menos su imagen adorada, tenía que renunciar a ella y no tratarla más. Ya antes había pasado por un dolor similar, pero eso no lo preparaba para resistir mejor este duro golpe. Se sentó, abrumado y en silencio, y así permaneció todo el día.

Carlita y Luchín hicieron las veces de correo entre los dos, pero la imposibilidad de hablarse los tenía deprimidos, así que sus amigos tuvieron poco trabajo en ese sentido. En realidad, la escuela entera parecía más triste ese día que, para colmo, estaba nublado y frío, a pesar de que ya era primavera. La señorita Perla no dejaba de vigilar a esos dos chicos infelices, preguntándose cómo podría ayudarlos, pero era muy poco lo que podía hacer. El resto del curso, si bien no dejaba de parlotear y hacer las barrabasadas de siempre, se mantenía en una posición expectante y, por supuesto, solidaria. No los molestaban y trataban en todo momento de manifestarles su apoyo, que de poco les servía, realmente.



Cuando volvió a su casa, el Joselo no quiso almorzar y se echó en su cama a llorar. La abuela, preocupada, llamó a don Miguel y a su nieta mayor, pues el muchacho no quería contarle qué le sucedía. Al rato, llegó la hermana, suponiendo ya lo que pasaba:

—¿No le dije yo, abuelita, que este pajarón iba a terminar llorando...? —dijo al entrar y se fue a ver a su hermano.

Abatido, pero más tranquilo, lo encontró en su cama, mirando el techo. Sin embargo, al verla, el chico nuevamente se puso a llorar y ella lo abrazó, cariñosa. Así había sido durante mucho tiempo, la vida la había convertido en más que una hermana para los tres menores.

El Joselo le contó lo que había pasado en el colegio. Su hermana trató de explicarle que, muchas veces, las cosas eran así, incomprensibles, injustas y desproporcionadas, y que no quedaba otra que aguantar y seguir viviendo.



—Sé que es muy duro, pajarón —le decía—, pero no hay mucho que hacer. La señorita Perla tiene razón: hay que darle tiempo al tiempo. Esperar a que esa señora se calme y entre en razón, es lo único que queda....

En eso llegó don Miguel, muy preocupado, preguntando qué le pasaba al chico. Su hija se lo llevó aparte y le explicó. Al escucharla, el hombrón sonrió tristemente, al tiempo que decía:

—Parece que los hombres de esta familia estamos condenados a sufrir por amor.



Tres semanas estuvieron las cosas así, pero todo tomaría un giro dramático un viernes por la tarde. Ese día Angélica faltó a clases, pero a nadie le extrañó, pues la niña había sufrido constantes recaídas de su fiebre y ya había faltado varias veces. Por supuesto, el Joselo la echó mucho de menos, como todos los días desde que no podía hablar con ella. Sin embargo, aquel viernes, como todos los



viernes, los chicos se quedaban después del almuerzo a practicar deportes en el colegio y, desde la cancha donde jugaban voleibol, los tres amigos vieron a la madre de Angélica entrar corriendo, con cara angustiada, a la sala de profesores. Se miraron intrigados, pero luego se dieron cuenta de que algo malo pasaba, cuando la señorita Perla, junto a la señora, salieron de la sala y se dirigieron hacia donde estaban ellos.

* * *

—Niños —dice la profesora—, ¿alguno de ustedes sabe dónde está Angélica?

—¿Angélica? —pregunta Carlita, extrañada—. Pero si ella no vino a clases...

—¡Pero yo la envié al colegio hoy! —señala la mamá, angustiada—. ¡La tía del furgón me dijo que la había dejado aquí, como siempre!

—¿Quiere decir que Angélica no entró al colegio y no se fue a su casa? —preguntó el Joselo, empezando a angustiarse también.



—¡Tú... tú sabes dónde está! —le grita la señora, tomándolo por los hombros—. ¡Tú eres su amigo... es por ti que ella hace esto! Dime, ¿dónde está mi niña?

—¡Cálmese, señora! —le pide la señorita Perla, separándola del niño—. Joselo, ¿tú sabes algo?

—Nada, señorita, se lo juro... —él está estupefacto y no sabe qué pensar.

—¡Por Dios! ¡No me mientan, por favor...! ¡Ayúdenme...! —la madre de la niña se pone a llorar, desconsolada. Los niños la miran acongojados, pero nada dicen.

—Chicos, esto no es un juego, si ustedes saben algo deben decirlo ahora —la señorita Perla los mira muy seria.

—No sabemos nada, señorita —contesta Carlita por los tres.

—¡Ay, mi niña... ¿dónde está mi niña?! —la señora sufre un ataque de nervios y llora



a gritos—. ¡Angélica...! ¡Mi hija...! ¿Dónde está mi hija...?

—¡Cálmese, cálmese...! —la señorita Perla, que también llora, la toma por la cintura y la lleva a la sala de profesores, desde donde unos colegas salen presurosos a ayudarla.

—¡Se fugó...! ¡Angélica se fugó de su casa! —exclama admirado el Luchín.

—¡Qué valor...! ¡Y todo por ti...! —comenta Carlita, también admirada, mirando al Joselo.

—¡Hay que encontrarla! —dice el Joselo, sin poner atención a sus amigos—. ¿Dónde podrá estar?

—Es cierto, pero no tengo idea dónde buscarla —responde Carlita.

—Donde esté, parece que está mejor que en su casa —dice desatinadamente el Luchín.

—¡Luchín...! —lo paran al unísono el Joselo y Carlita.



—¡Perdón...! —se disculpa el chico—. Pero su mamá la obligó a...

—¡Déjate de leseras, tonto...! —le espeta el Joselo, enojado—. ¡Angélica está en la calle, sola y en una ciudad que apenas conoce...! A ti no te gustaría pasar la noche en la calle, ¿o sí?...

—¡Se me ocurre una idea...! —exclama Carlita, iluminada—. ¿No se habrá vuelto al sur?

—¡A lo mejor! —el Joselo se ilumina también—. ¡Allá está su abuelita...!

—¡Vamos a decirle a la señorita Perla...! —dice el Luchín.

—¡Vamos!

* * *

Pero descubrieron que la niña no se había ido al sur o, si lo había hecho, no llegaba donde su abuela todavía, cuando la llamaron desde el colegio. Algo más repuesta, la mamá de



Angélica esperó a su marido, que había ido a Carabineros, para volver a su casa. Antes de irse, echó una mirada suplicante a los chicos, pero comprendió, por sus rostros, que ellos nada sabían en realidad. La señorita Perla, sentada en un rincón, lloraba silenciosamente, mientras los demás profesores trataban inútilmente de consolarla. Era una maestra de la vieja guardia, dura y autoritaria, pero amaba a sus alumnos como a los hijos que nunca pudo tener. Solo de verla, los niños también sintieron sus gargantas apretadas y los ojos húmedos.

El Joselo no aguantó más, salió corriendo y no paró de correr hasta su casa. Entró al cité y se detuvo, jadeante, bajo el armo y se sentó en la misma banca donde había estado con Angélica. Allí lo encontró su padre, acongojado por la desaparición de su amada.

—¡Pucha, la cabrita lesa —dijo cuando su hijo le contó lo que había pasado—, eso se llama meter las patas!



Se quedó viendo la cara desolada de su hijo, se rascó la cabeza pensando y, de pronto agregó:

—Ya, cabro, llorando no se logra nada... vamos a ver cómo podemos ayudar, mejor... —y se entraron.

En la casa, don Miguel tomó el teléfono, marcó un número y, cuando le contestaron, pidió hablar a la central de móviles. Cinco minutos después, todos los móviles de la compañía de electricidad para la cual trabajaba, que estaban en esos momentos repartidos por todo Santiago solucionando problemas y haciendo arreglos en terreno, escucharon el mensaje de don Miguel, retransmitido por radio desde su teléfono, pidiéndoles estar alertas por si veían a una niñita de tales características, paseándose sola y con cara de perdida; les dijo que era su sobrina y que le avisaran si la encontraban.

—Ya está —dijo cuando colgó—, esto no está permitido, pero no me van a echar... De



todos modos, así encontramos el auto del gerente de la planta, cuando se lo robaron... y es todo lo que podemos hacer, por ahora... —y se sentó a tomar té tranquilamente.

El Joselo lo miró agradecido, pero no confiaba mucho en que resultara tal método. Sin embargo, como había dicho su padre, no podían hacer más.

El día pasó muy pronto para el atribulado chico. Había hablado con la señorita Perla, que se mantenía en contacto con los papás de Angélica, y ella le prometió llamarlo en cuanto tuviese alguna novedad. Pero la tarde pasó y el Joselo vio por la ventana de su pieza cómo el cielo se oscurecía lenta e inexorablemente, apareciendo las primeras estrellas sobre la cordillera, y el teléfono no sonaba.

Su abuela lo llamó a comer y él pensó que no podría hacerlo sabiendo que Angélica, sola, triste y asustada, caminaba perdida quizás por dónde. Empezó a desesperarse, a decirse que tenía que hacer algo, que no podía sentarse



a esperar tan solo... Tenía que ir a buscarla. Salió decidido de su pieza y se fue al comedor, donde su familia lo esperaba. Se quedaron viéndolo cuando entró, todos serios, hasta sus hermanos chicos. Abrió la boca para decir algo, pero en ese momento llamaron a la puerta.

Era la señora Chela quien, en las noches, las oficiaba de portera del cité. Venía a avisarle a don Miguel que alguien lo buscaba:

—Es gente de su empresa— le dijo antes de irse.

Don Miguel se levantó presuroso y salió, tras él fueron todos, presintiendo de qué se trataba. En la calle, frente a la entrada del cité, parados junto a una camioneta de la compañía, unos hombres lo esperaban. El Joselo se detuvo de pronto, temeroso, y vio de lejos que su padre saludaba cordialmente a los hombres e intercambiaba unas palabras con ellos. Al principio no pudo escuchar nada, pues un camión pasaba por ahí en esos



momentos, pero cuando este se alejó, oyó que uno de ellos decía:

—... sí, don Miguel, no nos dejó llevarla a una comisaría, como usted dijo... Lo único que aguantó fue venir para acá... —y, abriendo la puerta del vehículo, dejó bajar a la niña.

El corazón del Joselo dio un vuelco al verla: Angélica estaba pálida y ojerosa, con los ojos hinchados de llorar, pero se veía bien. El chico dio gracias al cielo. En eso, sintió un empujón al tiempo que su hermanito más chico le decía:

—¡Ya, puh, pajarón... anda a buscar a tu polola!

* * *

—No debiste hacerlo —dice el chico, muy serio—. ¡Estábamos tan asustados...!

—Yo también —replica Angélica, llorando—. Yo... no tenía ganas de entrar al colegio y no

poder estar contigo... Quise irme caminando a mi casa, pero... me perdí...

—Tu mamá casi se vuelve loca... —el Joselo tiene ganas de abrazarla, pero la presencia de su familia lo avergüenza—. ¡No puedes hacer leseras como esta otra vez...! Duele mucho cuando se va quien se quiere...

—Mi mamá... ella debe estar enojada, como tú... —dice la niña sin pensar.

—No es lo mismo... —responde él, empalideciendo, pero sonríe comprensivo.

—Perdona... hoy hago puras tonteras —se disculpa Angélica.

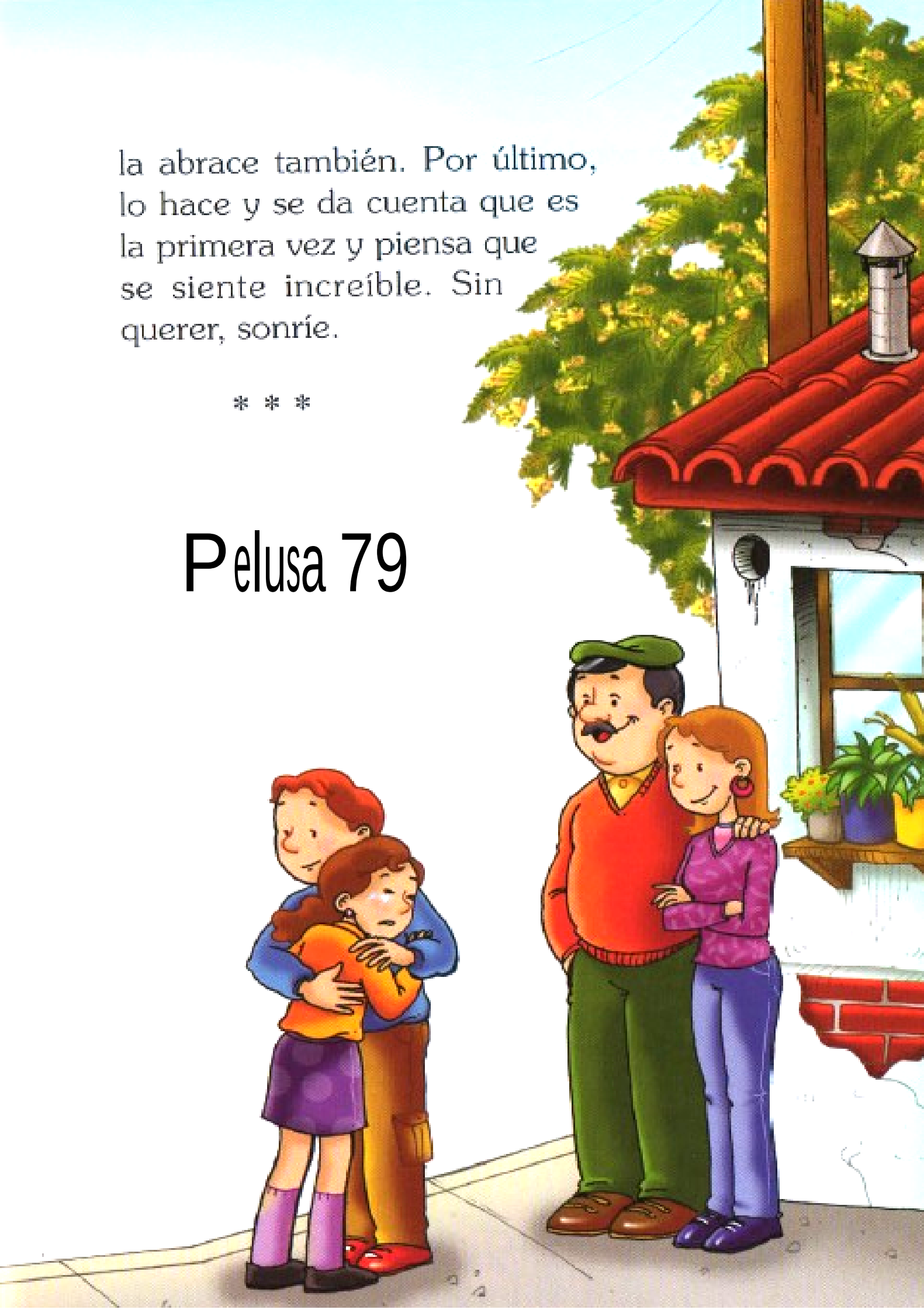
—Tu mamá te quiere —la anima el Joselo—. Estará feliz de tenerte otra vez. Ella... ella es... ¡es tu mamá, poh!

—¡Ay, Joselo...! —Angélica no siente ninguna vergüenza y lo abraza buscando protección. Él mira a los demás sin saber qué hacer y su hermana le indica con gestos que

la abraza también. Por último,
lo hace y se da cuenta que es
la primera vez y piensa que
se siente increíble. Sin
querer, sonríe.

* * *

Pelusa 79





—No sé cómo darle las gracias... realmente no sé —dice con los ojos llenos de lágrimas el papá de Angélica. Su esposa no dice nada, solo llora y abraza a la niña.

—No hay nada que agradecer —responde don Miguel, sonriendo—. Más de una vez se me han perdido estos niños y sé lo que se siente...

—¡Es terrible...! No sé qué hubiera sido de nosotros si le pasa algo a la niña... —el hombre se limpia los mocos y repite—. ¡Gracias... gracias...!

—Mamá, tráigales un tecito para los nervios... —pide don Miguel, un poco abrumado por tanta gratitud—. En verdad, el Joselo tiene la culpa... Él me viene con sus penas y a mí no me queda otra que hacer lo que pueda...

* * *

—Toma... —la hermana del chico le alarga una taza de té a la madre de Angélica—. Te va a ayudar... Calma, tu chicoca está bien...

—Gracias... —la mujer se limpia la cara y se sirve un sorbo pequeño—. Debo parecerte un monstruo...





—¿Por tu cara, dices? —la chica se hace la tonta—. ¡No está tan mal...!

—No me refiero a eso... —la mujer sonríe.

—Nosotros no juzgamos —la interrumpe la muchacha, mirándola a los ojos—. Mi papá se ha pasado muchos años metiéndonos eso en la cabeza, desde... Bueno, hace mucho tiempo...

—¿Saben? —dice don Miguel cuando sale a dejarlos afuera—, soy un hombre lo bastante viejo como para no ofenderme si no aceptan a alguno de mis hijos. Todos los padres del mundo hacemos cosas como esas... Pero, por lo mismo, y ya que algo ayudé esta noche, me permitiré tirarles un poco las orejas: ¡estamos hablando de niños de diez años... de su primer amor, repito: su *primer* amor! ¿Por qué preocuparse tanto? Si los dejamos tranquilos, para las vacaciones de verano se habrán olvidado... y si no, en un año a lo más. Los niños tienen que aprender a querer y, les aseguro, este no será el único amor de



su hija. Es más, los que vienen, afírmense, serán peores...

—Alguien me dijo que usted hablaba las cosas tal como son —responde la mamá de Angélica—, y tenía razón. Hoy he aprendido varias lecciones y la primera es no juzgar por las apariencias... Para mí, los cités siempre fueron conventillos y la gente que vivía en ellos, de lo peor... ¿Sabe por qué? Yo viví en uno así de niña: todos amontonados, sucios y pobres... Pero me doy cuenta de que no se puede generalizar... No sé cómo disculparme, usted y su familia han sido maravillosos...

—No hay nada que disculpar —don Miguel sonríe bonachón—. Mi familia es una buena familia, así he tratado que sea... Además, no creo ser tan “maravilloso” ...Sin ir más lejos, hace cinco años mi mujer se fue y me dejó solo con cuatro chiquillos. Nunca más supe de ella y ya no me importa saberlo, pero cada vez que la recuerdo, pienso en qué mal habré hecho que prefirió escapar...

—Pero, no puede ser su culpa... —intenta decir el papá de la niña.

—No es eso lo que importa —lo interrumpe don Miguel—. A lo que voy es que, antes de juzgar y de acusar, hay que mirarse al espejo... No lo digo por ustedes... ¡Bueno, sí, un poco...! Pero me imagino que ya están cansados de lecciones. Ha sido un día muy pesado y ya es tarde.

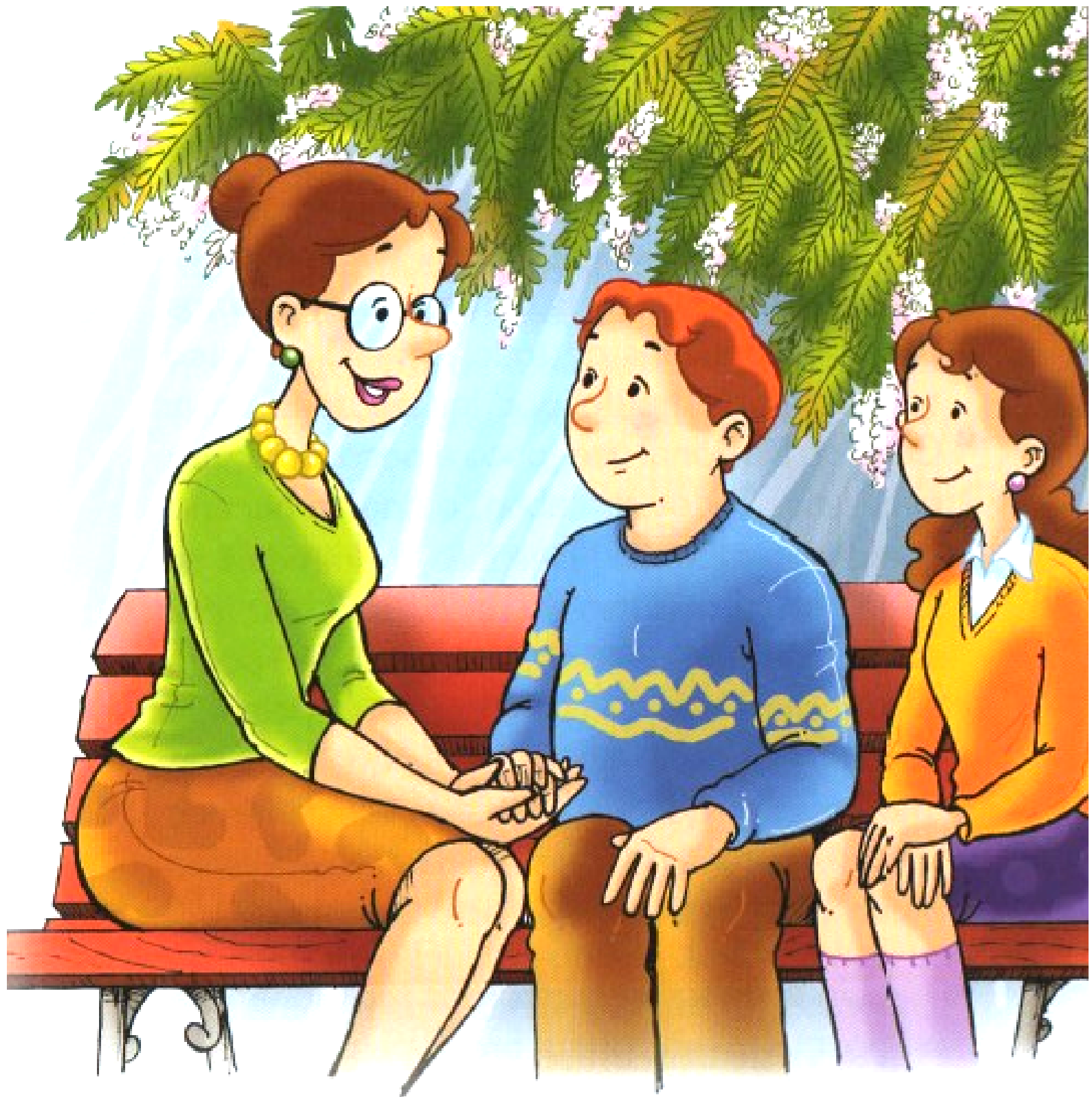
—Antes de irnos, quisiera hablar con su hijo— pide la mamá de la niña—. Ven, Angélica...

—Usted dirá... —dice el chico sentándose en la banca bajo el aromo. A su lado se sienta la niña.

—No soy una vieja bruja —dice la mujer—, lo que pasa es que esta preciosura es mi única hija y no tendré más... Es mi tesoro y quise cuidarlo, ¿me entiendes?

—Sí, señora... —responde el chico.

—¿Y me perdonas?



—Sí, señora... —el Joselo la mira y
agrega:— Angélica tiene suerte, las madres
no sobran...



* * *

Era el último día de clases y el patio del colegio estaba lleno de gente, entre alumnos, papás y familiares de todo tipo. El parloteo se vio interrumpido por los acordes de la Canción Nacional que, poco a poco, acallaron el bullicio. Todos cantaban, o fingían hacerlo, como corresponde. Después, el director se largó con el discurso de fin de año que, por suerte, esta vez fue corto. Luego subió al podio la señorita Perla quien, con breves palabras, anunció a unos niñitos de kinder que cantaron una canción que nadie, salvo ellos mismos tal vez, entendió. En seguida, la profesora presentó el clásico de los actos escolares:

—Un alumno de quinto nos recitará ahora un poema... —hizo una breve pausa ante las caras de desolación frente a ella y sonrió, luego continuó—. Aunque no crean, sé que va a sorprenderles, por tres razones... Primero, por el tema del poema que, a mi juicio, no tiene nada que ver con lo que hacemos hoy aquí,



pero él insistió... en fin. Segundo, porque ese poema de tema tan especial, lo creó él mismo, me consta, porque seguí todo el proceso de su creación... ¡sin intervenir!... Y tercero, la mayor sorpresa de todas es de quién se trata. Todos lo conocen, dejo con ustedes a... José Miranda.

Y ante la expectación general, que dejó mudos a todos, especialmente a los del quinto B, el Joselo, todo compuestito y circunspecto, salió de la formación y subió al podio. Su papá y sus hermanos se miraron asombrados, ¡vaya si había cambiado el muchacho! Angélica estaba feliz y orgullosa, mientras él arreglaba el micrófono y sacaba un papel del bolsillo de su chaqueta. Finalmente, el Joselo lanzó un pequeño “ejem” al aire y se largó, pausada y melodiosamente, tal como lo había ensayado unas mil quinientas veces:

Donde quiera que estés...

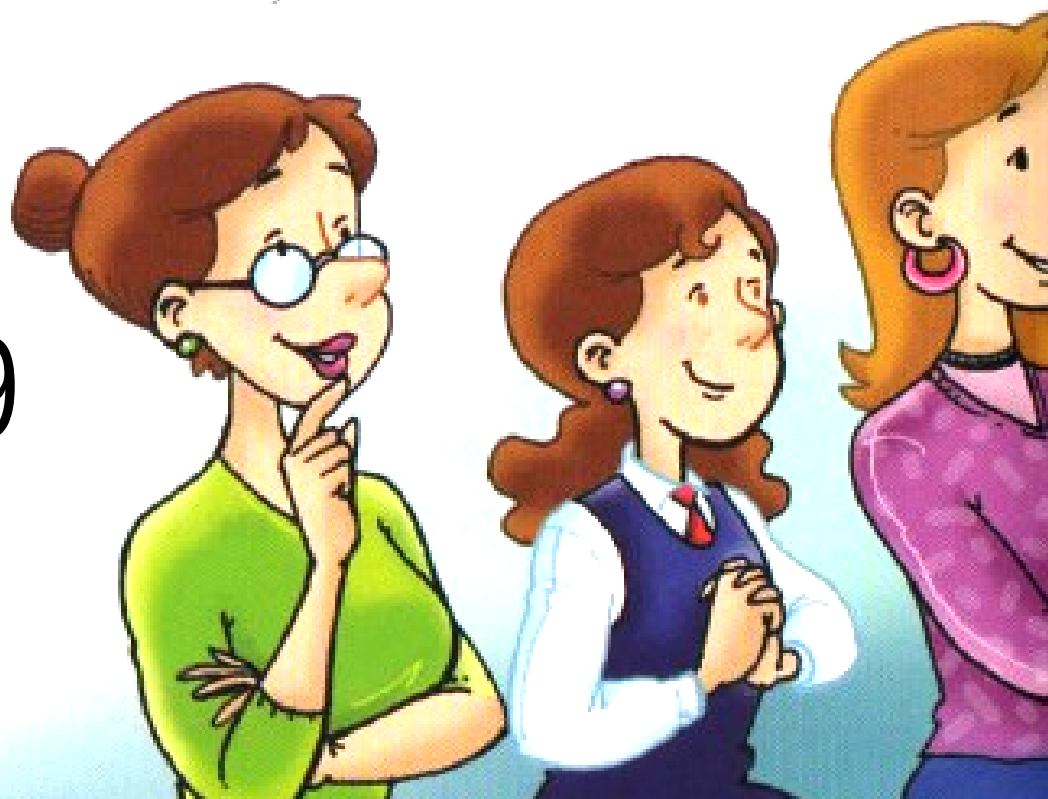
hola, mamá.

Hoy me acuerdo de ti, no sé por qué.



Quizás porque tengo algo que decirte,
aunque no me puedas ver,
aunque no me quieras escuchar.
Decirte algo como... no sé,
que aún recuerdo el sonido de tu voz
o el aroma de tu piel, tal vez,
y que, a pesar de todo, mamá,
aún en Dios puedo creer.
Decirte que no hay rencor,
pues algún día yo creceré
y entonces, cuando mire atrás,
todo, todo lo podré entender.
Decirte que no estoy solo
y que nunca lo estaré.
Aunque no lo creas, mamá,
pienso en ti como una mujer
que aprendió a volar,

Pelusa 79



y que no se supo detener.
Volaste alto y volaste lejos
y, si no quisiste volver,
no importa, no importa,
vamos a estar bien...
no tanto como contigo,
pero todo estará bien.
Las flores siempre
crecen,
aunque no quieran
crecer.
Adiós, mamá,
donde quiera que
estés...





Por primera vez en mucho tiempo, los asistentes a un acto del colegio se quedaron callados al escuchar a un alumno recitar. Y el silencio se prolongó por unos segundos después de que el chico terminara. Los aplausos, que comenzó la señorita Perla y que siguieron sus colegas, parecieron despertar a la concurrencia y todos terminaron batiendo palmas, sin saber exactamente por qué.

El Joselo bajó del podio, ni sonriente ni muy serio, simplemente aliviado, no de haber salido con bien de la recitación, sino de algo mucho más profundo y antiguo. Al final del acto, su padre lo abrazó con los ojos húmedos por la emoción:

—Yo no entiendo nada de poesía —le dijo—, pero sí sé que fuiste muy valiente... —y volvió a abrazarlo.

Su hermana también lo felicitó:

—Es un poema hermoso, pajarón, serás un buen poeta... y ha sido una forma muy inteligente de decirle adiós a los recuerdos,



—le dijo, mientras una lágrima surcaba su mejilla.

* * *

—¿Qué harás en el verano? —pregunta el Joselo con una sonrisa forzada, mientras bajan sin prisa la escalera del edificio en el que vive Angélica.

—Vamos al sur, donde mi abue.ita —responde Angélica, sin sonreír—. ¿Y tú?

—Primero a Los Vilos... mi padrino vive allá —dice el chico, sin entusiasmo—. Después, nos vamos al campo... mi papá tiene un terreno cerca de Santa Cruz...

—Oye... —ella se detiene en la puerta y lo mira a los ojos—. Será un verano muy largo...

—El más largo de todos... —repite él.

Se quedan en silencio. Es tarde, el día empieza a declinar y ya se encienden las primeras luces. La hermana del Joselo espera



un poco más allá, en el auto, pero les cuesta separarse.

—Lláname... —pide ella y se empina para darle un beso fugaz en la boca—. Adiós.

—...Adiós... —él la mira mientras se aleja. Sin querer, se lleva los dedos a los labios. Luego mira las estrellas y sonríe, pensando en lo hermosas que son...



